JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

VIDAS CRUZADAS

Cinedrama en dos partes, dividida la primera en diez cuadros, y la segunda en tres y un epílogo, y en prosa.

Estrenado en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, en la noche del 30 de marzo de 1929.

PRIMERA EDICIÓN

Printed in Spain.

MADRID
LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)
(Fundada en 1828.)
Calle del Arenal, núm. 11.
1929

VIDAS CRUZADAS

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

VIDAS CRUZADAS

Cinedrama en dos partes, dividida la primera en diez cuadros, y la segunda en tres y un epílogo, y en prosa.

strenado en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, en la noche del 30 de marzo de 1929.

PRIMERA EDICION

Printed in Spain.

MADRID
LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)
(Fundada en 1828.)
Calle del Arenal, núm. 11.
1929

MADRID. — Imp. de Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.). Quintana, 31

A

D. Manuel Díaz de la Haza

a quien tanto debe el teatro español en tierras de América.

Jacinto Benavente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EUGENIA CASTROJERIZ............	Josefina Díaz de Artigas
LA MARQUESA DE VALLADARES..	Ana María Quijada.
GUILLERMINA......................	María Isabel Pallaré.
MARÍA ANTONIA...................	Concepción Ajenjo.
LA CONDESA DEL ENCINAR.......	Elena Rodríguez.
FANNY................................	Rosa Díaz Gimeno.
UNA CRIADA.......................	Consuelo Pallaré.
OTRA CRIADA......................	Esperanza Iglesias.
EL HOMBRE DE SOCIEDAD........	Agustín Povedano.
EL HOMBRE INSOCIABLE..........	Rafael Ragel.
EL LADRÓN DE SUEÑOS...........	Manuel Dicenta.
MANOLO CASTROJERIZ.............	Manuel Díaz González.
ENRIQUE GARCIMORA.............	Santiago Artigas.
EL MARQUÉS DE VALLADARES...	José Trescolí.
ISIDORO..............................	Manuel Kayser.
RICARDO.............................	Octavio Castellanos.
DAMIÁN..............................	Fulgencio Noguera.
UN CAMARERO.....................	Francisco García Alajoz.
UN NIÑO.............................	Rosarito Kayser.

PRIMERA PARTE

CUADRO PRIMERO

En primer término, paralelo a la batería, barandal de la terrraza de un dancing; sobre los pilastres, grandes jarrones o macetas con profusión de flores. Al fondo, la fachada con grandes puertas de cristales; detrás, un salón de baile. Al levantarse el telón, en el salón bailan y pasean diferentes parejas y grupos. Música de jazz-band. La luz del salón ha de ser algo fantástica, entre azulada y rojiza; la terraza estará también iluminada del mismo modo. Es de noche. Lugar de la acción; un Biarritz cualquiera, playa a la moda.

Se abre una de las puertas del salón, y al abrirse se oye la música con mayor intensidad; entran y vienen a apoyarse en el barandal, frente al público, el HOMBRE DE SOCIEDAD y el HOMBRE INSOCIABLE. El público figura que es el mar, y no es mala comparación, porque con ninguno de los dos puede uno confiarse mucho.

H. SOCIED. Se aburre usted, verdad.

H. INSOCIA. De ningún modo, y con usted, tan excelente guía y conocedor de este gran mundo...

H. SOCIED. Que es tan pequeño, como usted ve.

H. INSOCIA. Y, para mí, ignorado; mi vida ha sido tan distinta.

H. SOCIED. Y supongo que nunca habrá usted envidiado ésta.

H. INSOCIA. Mal puede envidiarse lo que no se conoce. Si es siempre así...

H. SOCIED. Casi siempre, porque cuando quieren escapar de esta vida, su vida social, para vivir un poco de su vida propia, al huir unos de otros, vuelven a encontrarse; porque hasta en sus vicios, en sus pasiones, en sus quimeras, siguen siendo iguales unos a otros, creyéndose distintos.

H. INSOCIA. Si siempre se divierten con tan poco...

H. SOCIED. Aquí nadie viene a divertirse: Unos vienen a hacer tiempo para otras diversiones; otros vienen a prepararlas; otros esperan el azar de un encuentro que se les depare, y hay quien, con mayor ambición, espera que ese azar de un encuentro sea la solución de su vida.

H. INSOCIA. ¿Cree usted que en un lugar como éste puede encontrar nadie la solución de su vida?

H. SOCIED. ¿Por qué no? Aquí puede encontrarse hasta la felicidad; lo que hay es que para encontrar lo que más se parece a la felicidad en la vida, que es un amor verdadero, es preciso que dos seres vayan en su busca por el mismo camino, y aquí los caminos se cruzan, como las vidas: se cruzan en un punto y ya no vuelven a encontrarse. El amor se cruza con un deseo: cree que es también el amor; pero el engaño dura poco tiempo. Otras veces el amor se cruza con el interés, y el engaño es el mismo, y el desengaño más triste todavía. *(Por otra puerta del salón entran Eugenia Gastrojeriz y Guillermina.)*

GUILLERM.ª ¿Huyes de la persecución?

EUGENIA. No, Guillermina, ¿Quién hace caso?

GUILLERM.ª No digas, Enrique está loco por ti.

EUGENIA. Ya lo sé.

GUILLERM.ª ¿No te gusta? Es guapísimo, y en cuanto a posición.

EUGENIA. Sí, un gran partido, y para mí, figúrate.

GUILLERM.ª Entonces.

EUGENIA. Demasiado sabes que él no piensa en casarse, y menos conmigo. ¿Qué soy yo para él?

GUILLERM.ª Por Dios, Eugenia, no quieras que te regale los oídos con ponderaciones. No sé a qué más podía aspirar Enrique, y él, que no tiene más pretensión que figurar en sociedad, ¿cómo podría colocarse mejor que casándose contigo, una Castrojeriz?

EUGENIA. Enrique no necesita casarse conmigo, que no soy más que una aristócrata pobre, lo peor, lo más triste que se puede ser; Enrique puede casarse con quien

quiera, noble y con dinero; ni él necesita de enlaces nobiliarios para figurar en sociedad más de lo que ya figura. Ya lo vemos: en estos tiempos todo va muy deprisa, y cualquiera puede ser descendiente de sí mismo. Por humilde, por bajo que sea su origen, el dinero, los viajes, el trato social afinan a una persona en pocos meses, cuando en otros tiempos eran precisos siglos para afinar a una familia. Yo he leído crónicas de nuestra casa, y al cabo de muchos años y linajudos antepasados, aún había marqueses de Castrojeriz tan bárbaros que hoy no los querría Enrique para mozos de sus caballerizas. Al padre de Enrique son muchos los que le han conocido detrás de un mostrador, en una mala tienda de un pueblecillo de pescadores, y su hijo, ya lo ves, un perfecto gentleman... hasta ahora.

GUILLERM.ª Dices bien, hasta ahora, porque la raza no se improvisa: el plebeyo es siempre plebeyo, y, tarde o temprano, «en la ocasión descubre la hilaza», como suele decirse.

EUGENIA. Enrique ya lo demuestra sólo en el modo de pretenderme.

GUILLERM.ª ¿Tú crees? Yo sólo veo que está muy enamorado, que te quiere.

EUGENIA. Me quiere, eso sí, me quiere y me insulta al quererme.

GUILLERM.ª Yo no puedo creer que él piense...

EUGENIA. Piensa que todo es posible con su dinero.

GUILLERM.ª Pero él debe saber quién eres tú, debe comprender que contigo nunca sería posible...

EUGENIA. ¿Qué sabe él de mí? ¿Qué sabrá nunca?

GUILLERM.ª Y tú le quieres.

EUGENIA. No lo sé; ni él habría de creerlo.

GUILLERM.ª ¿Por qué?

EUGENIA. Enrique es muy rico; yo soy pobre... ¿Vienes?

GUILLERM.ª Sí, nos esperaban para bailar; vamos. *(Entran en el salón.)*

H. SOCIED. De estas dos muchachas, la que estaba más cerca de

nosotros es Eugenia Castrojeriz; una muchacha muy interesante; ella y su hermano, únicos vástagos de una nobilísima familia de las más ilustres de nuestra aristocracia, una de esas familias perseguidas por trágicos destinos, como la familia de los Atridas: suicidios, muertes violentas, matrimonios desgraciadísimos, y, por fin, la ruina total. Estos dos hermanos viven de la protección de amigos de su casa, de algún pariente; la muchacha viste desechos de sus amigas, pasea en auto, asiste a teatros y a fiestas de sociedad; veranea, como usted ve, de un lugar en otro, todos de moda y todos caros. El hermano lo mismo, aunque ya no está siempre tan clara la procedencia de sus recursos. Los dos son una especie de asilados de lujo, protegidos por toda su clase. Pepín Solares, que tiene la especialidad de los motes, llamó a esta muchacha el perro del regimiento.

H. INSOCIA. No es muy galante el mote.

H. SOCIED. No prosperó, por cierto, y le costó al motejador algunos disgustos; porque el hermano, no tanto, pero esta muchacha, sobre todo, cuenta con muchas simpatías en sociedad: ¡ha llevado siempre su difícil situación con tan noble decoro! A mí también me inspira simpatía. ¡Pobre muchacha! Soporta humillaciones sin volverlas en odio; para mí, la mayor virtud, porque es fortaleza espiritual, virtud en su recto sentido etimológico.

H. INSOCIA. Así es; no hay odio que no tenga su origen en una humillación; es lo que menos se perdona.

H. SOCIED. Por eso admiro yo tanto a Eugenia Castrojeriz. La he visto soportar tantas humillaciones... Es que es tan difícil proteger sin humillar a nuestros protegidos...

H. INSOCIA. Pero entre esta gente distinguida, yo creí...

H. SOCIED. No es la peor, pero es la más inconsciente. Por eso la hora de los grandes cataclismos sociales: revolución francesa, revolución de Rusia, les halla siempre desprevenidos, y ellos son las primeras víctimas sin

haber sido los más culpables. *(Entran Manolo Castrojeriz e Isidoro.)* A propósito: ahí tiene usted al hermano de esta muchacha, del que yo le hablaba; de los dos, el más joven: Manolo Castrojeriz. Éste ya no es tan digno de admiración como su hermana: parásito de los muchachos más ricos de Madrid, es, como ahora se dice, un animador de todos sus jolgorios; sablea con tal elegancia, que todavía hay que agradecérselo, y como los grandes señores del siglo diez y ocho, enmienda los errores de la fortuna convirtiendo un juego de azar en juego de inteligencia, si hay ocasión propicia. Los dos hermanos son la mejor prueba de que lo mismo en los pueblos que en las familias, aun en su decadencia, son siempre las mujeres las que por más tiempo mantienen las nobles tradiciones de una raza. A Eugenia Castrojeriz no la creo capaz de una bajeza indigna de su nombre; a su hermano le creo capaz de todo, y no me extrañaría verle complicado algún día en cualquier delito vulgar y hasta en algún crimen, como alguno de triste memoria. *(Siguen hablando bajo.)*

ISIDORO. Cálmate, Manolo; has estado muy duro con Ricardo.

MANOLO. Me molestan los consejos. Si sabré yo cuándo he hecho mal sin que me lo digan.

ISIDORO. Por lo demás, te aconsejaba muy bien; no te conviene el trato con ese Piñuela; todo el mundo le va dando de lado.

MANOLO. Hoy no tenían razón; estoy seguro de que pidió carta sin haber visto que en los dos paños habían ya descubierto las suyas.

ISIDORO. Vamos, Manolo, no me digas; es ya mucha distracción; y se ha repetido tantas veces...

MANOLO. Otras, no digo; pero hoy, te aseguro...

ISIDORO. Todo el mundo sabe que tú juegas a medias con él; te digo que no te conviene; tú verás lo que haces.

MANOLO. No me digas nada. Estoy loco. Era el golpe decisivo... Mañana...

ISIDORO. ¿Mañana, qué?... ¿Lo de siempre?...

MANOLO. No, ahora es más serio; si mañana no pago, no quiero pensarlo. El tiro, no hay otra solución.

ISIDORO. ¿No tienes quien pueda sacarte del apuro? Pídele a Valladares.

MANOLO. ¡Imposible! Me ha servido tantas veces!...

ISIDORO. Pídele a Enrique; en estos días lleva una buena racha.

MANOLO. ¿A Enrique?... Ni pensarlo; ya sabes que anda haciendo el amor a mi hermana.

ISIDORO. Sí; nunca se le ha visto tan colado. Eso sí que te convendría, que se casara con tu hermana.

MANOLO. Claro que sólo podría ser eso: casarse; no creo que él haya pensado otra cosa.

ISIDORO. Hombre, ¿quién va a creerlo? No por él, por tu hermana.

MANOLO. Comprenderás que a Enrique no puedo pedirle nada.

ISIDORO. Sí; en estas circunstancias no te conviene.

MANOLO. Entonces tú dirás qué recurso me queda.

ISIDORO. ¿Pero tan fiera viene ese hombre?

MANOLO. No lo sabes. ¡Me tiene tan cogido! Cuando está uno apurado firmaría uno su sentencia de muerte, y eso será. Te juro por el nombre que llevo que yo no voy a la cárcel.

ISIDORO. ¿A la cárcel?... ¿Pero puede ser eso?

MANOLO. ¿Si puede ser? Anda, vamos; no quiero que me encuentre mi hermana, no quiero ver a nadie; vámonos; pasearemos por la playa; a esta hora no hay nadie, y... Perdona, chico, perdona; si tú quieres quedarte...

ISIDORO. No faltaría más; yo no te dejo. Pasearemos. Veremos... ¿Quién sabe?... *(Salen.)*

H. INSOCIA. Bien decía usted. Por la nerviosidad, por palabras sueltas, se advierte que el mozo anda preocupado.

H. SOCIED. Se le habrá dado mal el tournant esta noche. Cuando los puntos no están en el secreto y no perdonan distracciones... *(Entran Enrique y Ricardo. Al verlos entrar.)* Buen contraste. Vea usted: al aristócrata fin de raza, arruinado, que acaba usted de conocer, sucede el plebeyo enriquecido, savia nueva, buen injer-

to para estirpes nobiliarias en decadencia. Enrique García y Mora, que de dos apellidos vulgares ha formado un apellido que puede parecer aristocrático: Garcimora. Su padre, y no hará muchos años, en un pueblecillo de la costa cantábrica, a la sombra de un miserable tenducho, guarida y refugio de contrabandistas de todo género, amplió sus negocios durante la guerra, sin preferencias por nadie, suministrando a los barcos de unos lo que muy pronto había de perderse en el mar, gracias a los suministros proporcionados a los otros, todo a buen precio. El negocio fué fabuloso. El hijo se educó en Inglaterra; muerto el padre, de la noche a la mañana se presentó en Madrid, y no tardó en ser admitido en la mejor sociedad con las mejores cartas de crédito, autos de las mejores marcas, jacas de polo, balandros, criados ingleses, mecánicos belgas, espléndido en sus obsequios, asequible a las peticiones, anticipándose a ellas muchas veces con generoso desprendimiento; premio gordo en la lotería matrimonial para las muchachas solteras. Flirteo ideal para casadas y equívocas de todas clases, decorativo siempre y siempre provechoso. Detrás de todo eso... ¿Quién sabe?... Lo que ahora se llama honorabilidad se satisface con tan poco, y Enrique Garcimora aún no ha cometido ninguna torpeza que pueda poner en duda su perfecta honorabilidad. *(Siguen hablando bajo.)*

RICARDO. Anda, vamos. Esta noche está esto muy aburrido, y hemos quedado en ir; esas pobres chicas nos estarán esperando, y los amigos..., si faltas tú será un desencanto para todos.

ENRIQUE. Ve tú, yo estoy muy cansado; esta noche quiero acostarme pronto.

RICARDO. Es que no hay quien te arranque de aquí mientras veas que no se ha ido Eugenia.

ENRIQUE. No, qué tontería. Para el caso que me hace... Apenas si me ha saludado esta noche.

RICARDO. Táctica.

ENRIQUE. ¿Tú crees?

RICARDO. ¡Bah! No lo dudes.

ENRIQUE. ¿Tú crees que no hay otro medio que casarse?

RICARDO. Y si no hubiera otro, si tan colado estás, cásate; será el único modo de curarte.

ENRIQUE. Tanto como casarme...

RICARDO. En tus condiciones, cuando te aburras, con dinero pronto se deshace uno de una mujer.

ENRIQUE. No lo creas; mujer propia o querida, no es tan fácil deshacerse de una mujer. Ahí tienes al pobre Evaristo, víctima de la suya y de toda su familia.

RICARDO. Por cicatero, le está bien empleado. Tú no lo serías; dejarías a tu mujer en condiciones de vivir. Pero, de veras, ¿te gusta tanto Eugenia?

ENRIQUE. Sí, chico; me trae loco; es la única mujer por quien yo haría cualquier disparate.

RICARDO. No tantos, por lo visto, cuando no te decides al del matrimonio.

ENRIQUE. No, eso no; el matrimonio me asusta; no tengo carácter para soportar aunque no sea más que las atenciones sociales a que se obliga uno con el matrimonio.

RICARDO. No serían tantas como las que ahora te impones, a ti que te gustaba tanto viajar, ir de un lado para otro; te dispones a pasar aquí todo el verano, sin ir a más sitios que donde crees que puedes encontrarte con ella. Pues te advierto que si no has pensado en casarte, aunque yo creo que llegarás a pensarlo, te expones a un disgusto.

ENRIQUE. ¿Disgusto?

RICARDO. Sí. Ya sabes que Eugenia está muy protegida, defendida por todos los suyos; se vería entre ellos muy mal que alguien pretendiera la conquista de esta muchacha por medios ilegales. Esta gente, que en apariencia se complace en murmurar unos de otros, en descubrir sus pecados y sus defectos, más por justificar cada uno los propios que por censurar los ajenos, pone el espíritu de clases sobre todo y saben

defenderlo cuando les interesa, más también por el prestigio de clases que por el de una persona determinada, y si quien lo pone en peligro no es de los suyos, entonces la defensa se convierte en ofensiva hasta la más sañuda persecución. Ya estás advertido.

ENRIQUE. ¿Y no crees tú que Eugenia no pudiera preferir algún día a esa protección de los suyos, que, después de todo, tú lo sabes, todos lo vemos, está pagada a costa de bien tristes humillaciones, otra situación más segura, más brillante, más alegre?

RICARDO. No lo creo. Por muy caídos, por muy arruinados, por muy bajos que estemos, hay siempre en la nobleza, como en los reyes, algo que es de derecho divino, valores morales que aún tienen un valor entre nosotros.

ENRIQUE. Todo lo que tiene un valor puede tener un precio.

RICARDO. Juzgo por mí.

ENRIQUE. Eso es decirme que yo juzgo por mí, a lo plebeyo.

RICARDO. No, Enrique. Nos juzgas por lo que nosotros mismos podemos hacer creer muchas veces con nuestra conducta. Tú juzgas a Eugenia por su hermano Manolo, al que todos creemos capaz de todo y acaso estemos equivocados. Yo estoy seguro de que, en ocasión decisiva en su vida, Manolo tal vez nos sorprendería mostrándose digno de su noble linaje.

ENRIQUE. *(Distraído, mirando al salón).* Es posible.

RICARDO. Sí; es ella, ella, que está con Guillermina Valladares y con María Antonia Santonja. Anda, vamos; no estás deseando otra cosa.

ENRIQUE. Si te dijera que hasta ahora no he sabido lo que era desear a una mujer.

RICARDO. Eugenia. Pues no lo pienses, cásate; a ti, con tu dinero, ¿qué puede importarte el matrimonio? Un capricho más que te pagas; nunca es caro un capricho. *(Entran en el salón).*

H. SOCIED. ¿De veras no se ha aburrido usted con mi charla?

H. INSOCIA. Nada de eso; ha sido usted mi Virgilio, al penetrar

por primera vez en mi vida en estos círculos dantescos que ni aun merecen el nombre de infernales.

H. SOCIED. Nada de eso; entre limbo y purgatorio, salvo casos excepcionales en que sobre tanta superficialidad se desencadena algún vendaval de pasión y tragedia; pero a usted, hombre de más graves estudios, poco puede interesarle todo esto.

H. INSOCIA. ¿Por qué no? Nunca he sido hombre de sociedad, y al lado de usted bien puedo parecer el hombre insociable; pero me intereso por todo, y para abismar nuestro pensamiento en el infinito misterio de todo lo creado, lo mismo es la contemplación de esta inmensidad del mar y del cielo que contemplar un hormiguero o, sobre la lente de un microscopio, el pulular de millares de infusorios en una gota de agua: todo abisma y confunde por igual.

H. SOCIED. Pues entre las hormigas y los infusorios podemos colocar a las gentes de este pequeño mundo.

H. INSOCIA. Y usted, tan admirable observador de todo lo observable, ¿no ha pensado usted nunca en aprovechar sus observaciones?

H. SOCIED. ¿Para qué? ¿Para escribir alguna obra literaria? De ningún modo. Detesto esa literatura porteril de menudencias y chismes de sociedad. En general detesto la literatura, y, si me apura usted, todo lo que es arte. El arte sólo sirve para los espíritus inferiores. Un espíritu superior labora para él solo su arte; el suyo, que sería incomprensible para los demás; si procura comunicarlo, su arte se empequeñece al ponerse al nivel de los espíritus mediocres. El artista no puede dar la medida de su valor al comunicarse. Poco vale el artista que no vale más que su obra, por perfecta que nos parezca, y no merece el nombre de artista el que no sabe medir su propia grandeza por el desprecio que le inspiran sus obras y el juicio que a los demás les merecen. Y ahora, como limpieza espiritual, ¡contemplemos el mar y la majestuosa serenidad del cielo en esta noche; en el silencio de la

contemplación se perderá nuestro pensamiento hasta no sentirnos vivir, hasta olvidarnos de lo que somos, pobres criaturas humanas!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Un telón obscuro con estrellas doradas, y como cola de las estrellas todos los colores del Iris. EL LADRÓN DE SUEÑOS, vestido de farolero fantástico; en la mano el palo de encender.

LADRÓN. La noche es mi reino, y en la noche las almas, al sumergirse en el profundo mar del sueño, entre sus sombras, exploran la verdad de su vida, como los submarinos al sumergirse bajo las aguas turbulentas observan más seguros la ruta de los barcos sobre ellas navegantes. Y en este reino de la noche, poblado de almas en letargo, soy el Ladrón de sueños, minador de luz, captador de verdades, tesoros que los hombres, más cobardes que avaros, ocultan y guardan hasta de sí mismos, sin pararse a contarlos, sin querer saber de ellos, aunque yo los muestre a sus ojos, más cerrados despiertos que dormidos. Como en las noches de la ciudad, de calle en calle va el farolero rasgando la obscuridad con pinchazos de luz, así yo por la ciudad de los sueños rasgo de claridad las almas que, a la luz de sus sueños, pudieran conocerse y saber de sí mismas si el despertar no fuera para ellas caer en sueño más profundo: el de no querer saber nunca la verdad de su vida. Hoy se ha entrado la ciencia por mis dominios con gran aparato investigador; mas, como siempre, antes que los hombres de ciencia supieron los poetas las verdades del misterioso abismo de mi reino. Como los cuerpos, para su descanso, se desnudan de vestiduras al acostarse, también al dormir para soñar se desnudan las

almas, y si pudieran así hablar y entenderse unas con otras, nadie se engañaría en la vida. Una mujer y un hombre van a hablarse así ahora, sin saber ellos mismos que hablan ellos, desnudas sus almas en la desnuda verdad de sus deseos. Al despertar lo habrán olvidado todo; volverán al engaño, a la mentira, entre sospechas y traiciones, entre miedos y sombras. Animador de luz, captador de verdades, la noche es mi reino; soy el Ladrón de sueños.

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Se descorre la cortina, y sobre un fondo negro, sólo visibles y apenas iluminados los rostros de las figuras, aparecen Eugenia y Enrique.

EUGENIA. Cuando nos encontramos en sociedad me dices siempre: «No parece sino que huyes de mí.»

ENRIQUE. Te haces desear.

EUGENIA. Sí; eso es lo que tú piensas, lo que tú crees: coquetería, habilidad, ¿no es eso? Y como tú lo creerán todos.

ENRIQUE. Y haces bien. Tú sabes que yo te quiero; procuras hacerte querer como tú quieres.

EUGENIA. Que no es como tú piensas. Tú crees que toda mi aspiración es el matrimonio, ¿y qué mejor partido que tú? Tú, por tu parte, piensas que para conseguirme basta con tu dinero, sin comprometer tu libertad, y esto, que debía ofenderme como una insolencia, me admira como una valentía; siempre nos admira el valor de que no somos capaces. Sí; en ti es una valentía pretender que yo, una Castrojeriz, pueda ser para ti lo que tantas mujeres cotizables; valentía y desinterés, porque mi nobleza bien vale tu dinero, y en tu afán de figurar en sociedad nada

perderías con hacerme tu esposa; pero prefieres tu independencia, no deber a nadie tu situación en sociedad; eres orgulloso. Yo también. Es difícil que podamos entendernos.

ENRIQUE. ¿Difícil?... ¿Quién sabe?... Si yo viera rendido tu orgullo, tal vez entonces se rindiera el mío hasta ser esclavo de tu voluntad, si esa voluntad era amor.

EUGENIA. Si yo estuviera segura de rendir tu orgullo al rendirme... Yo he leído, tal vez he soñado, no sé. Era una reina joven y hermosa; reyes y príncipes se disputaban la gloria de reinar a su lado; pero un terrible pirata había logrado hacerse dueño del mar sobre la costa de su reino, y reyes y príncipes, al llegar en sus galeras engalanadas a conquistar un corazón y un reino, eran apresados o puestos en fuga por el pirata de valor temerario. La reina decidió acabar con él, y aprestó todas sus galeras para darle caza; ella misma quiso mandar una de ellas; quería ser ella misma la que trajera cautivo al pirata; pero la galera real más era palacio y jardín que barco de guerra; sus tripulantes más eran galanes cortesanos, músicos y poetas que diestros marinos y aguerridos soldados, y la reina era mal capitán de navío. Perdida la ruta, su galera se halló de pronto, separada de las otras, frente a frente con la galera del pirata, y la reina fué pronto su cautiva, cautiva del pirata, que era en verdad lo que ella había querido, porque en el fondo obscuro de su corazón, donde se ocultan los deseos inconfesables a nosotros mismos, la reina amaba al pirata con toda su alma; pero sabía que una reina no podía ofrecerse a un pirata sin abdicar su dignidad de reina; por eso dejó al azar de la fortuna poder ser su cautiva, que después, en sus brazos, ya contaba ella con su hermosura y su majestad para hacerle, por fin, cautivo suyo. Yo no sé si lo he leído o lo he soñado, pero sé que yo quisiera ser esa reina cautiva del pirata y, como ella, pedir al azar de la fortuna poder ser tu cautiva, humillado por la violencia mi

orgullo; pero ser tuya y que tú nunca seas mío, eso no, eso no; por eso huyo de ti, porque te quiero.

ENRIQUE. Yo no puedo creer en cariño que pone condiciones para rendirse. Rinde tu orgullo, y acaso se rinda el mío.

EUGENIA. No es tiempo de leyendas. Hay en mí sangre de reyes; hay en ti sangre de piratas; mi sangre empobrecida de una raza decadente acaso busca en la tuya la sangre de mis lejanos antepasados, que, como los tuyos cercanos, fueron también piratas y bandoleros rudos y fuertes; pero hoy la fuerza es el dinero, el signo de todo poderío, y rendirse al dinero es siempre humillación. Nadie puede creer en orgullo que se rinde al dinero; si yo me rindiera al tuyo, dejarían de creer en mí.

ENRIQUE. Es verdad.

EUGENIA. Ya lo ves; como yo dejaría de creer en ti si dejaras de creer, en tu orgullo, que una Castrojeriz puede venderse a tu dinero sin hacerla tu esposa.

ENRIQUE. Debemos separarnos para siempre.

EUGENIA. No, eso no; la vida... Acaso yo he soñado.

ENRIQUE. Yo deseo.

EUGENIA. Yo espero.

ENRIQUE. ¡La vida!

EUGENIA. Acaso... *(Se van perdiendo las figuras en la obscuridad y la voz alejándose con ellas.)*

CUADRO CUARTO

Se descorre el fondo y aparece una parte de la terraza del primer cuadro sin el barandal.

EUGENIA, GUILLERMINA, el MARQUÉS y la MARQUESA DE VALLADARES, ENRIQUE y RICARDO.

MARQUESA. Sí, ya nos retiramos; es muy tarde y está esto muy aburrido, como siempre.

EUGENIA. *(A Enrique.)* No le he visto a usted en toda la noche.

ENRIQUE. Yo creía que no había usted querido verme; yo sí la he visto a usted, pero no parece sino que huye usted de mí.

EUGENIA. Sólo se huye por odio o por miedo; yo no tengo por qué odiarle a usted, y menos por qué temerle. ¿No han visto ustedes a mi hermano? ¿No le has visto, Ricardo?

RICARDO. Sí, aquí estaba; le vi con Isidoro.

MARQUÉS. Tengo yo que hablar con Manolo muy seriamente; frecuenta unas amistades.

EUGENIA. Sí, ya me han dicho. Harás bien en reñirle; a mí no me hace caso.

MARQUESA. *(A Enrique.)* ¿Todavía aquí mucho tiempo?

ENRIQUE. Sí, ya todo el verano.

MARQUESA. ¿No se aburre usted? ¿No encuentra usted que está esto muy aburrido este año? Mucha gente, demasiada gente; pero una gente especial.

ENRIQUE. Sí, para quien no tenga algún interés.

MARQUESA. ¡Ah! Usted sí le tiene. Entonces comprendo. ¿Reservado? No lo creo; ahora que yo soy tan poco observadora; pero no tardarán en decírmelo: el amor y el dinero... Y el amor con dinero, que es el caso de usted.

ENRIQUE. No hablemos de dinero, Marquesa; cuántas veces es un estorbo.

MARQUESA. No lo crea usted; nunca. Hasta siempre, Enrique..., Ricardo... *(Despidiéndose.)*

ENRIQUE. *(Saludando.)* Marquesa... Guillermina, me debe usted una explicación.

GUILLERM.ª ¿Yo?...

ENRIQUE. Sí, de unas palabras misteriosas.

GUILLERM.ª No las dé usted importancia.

ENRIQUE. *(Despidiéndose.)* Eugenia...

EUGENIA. Adiós, Enrique. *(Salen todos, menos Enrique y Ricardo.)*

ENRIQUE. Nos iremos también, si te pareee.

RICARDO. Claro que me parece; ya se ha ido ella. Y qué, ¿vas a pasarte así toda la vida? ¿Qué esperas? Sin matrimonio no esperes nada, y este amor de cadete ya va siendo ridículo.

ENRIQUE. Tienes razón. Mañana nos vamos.

RICARDO. ¿Mañana?... ¿A qué no?

ENRIQUE. Bueno; mañana no es posible; son los partidos de tennis; pero muy pronto, sí, muy pronto. Tienes razón; me estoy poniendo en ridículo.

RICARDO. Oye, ¿te ha pedido dinero Manolo Castrojeriz esta noche?

ENRIQUE. No, hace mucho tiempo que no me ha pedido nada.

RICARDO. Entonces...

ENRIQUE. ¿Qué?

RICARDO. Nada; que ha jugado muy fuerte esta noche, y no sé de dónde haya podido sacar el dinero. Después le he visto que hablaba muy acalorado con Isidoro; debe de estar en un mal momento. A propósito, aquí está Isidoro. *(Entra Isidoro.)*

ISIDORO. Creí que ya no estaríais aquí, y no sabía dónde podría encontraros a estas horas.

RICARDO. ¿Qué te pasa?

ISIDORO. A mí, nada. Oye, Enrique, contra ti vengo.

ENRIQUE. Tú dirás.

ISIDORO. No se trata de mí, es de Manolo; está en un apuro muy grande; habla de matarse; bueno, eso ya no es para creerlo; lo ha dicho tantas veces; pero el caso sí es grave; pueden meterle en la cárcel.

RICARDO. ¿Qué te decía yo? Ya me figuraba yo algo.

ISIDORO. No tiene a quién recurrir; ha pedido tanto, y a ti no se atreve, no quiere; él no sabe que he venido a buscarte; pero chico, ¿a quién acudía yo? Y ya sabes, con todas sus cosas; yo quiero a Manolo, es como un hermano. ¿Te perturbaría mucho desprenderte de...? Son quince mil pesetas las que necesita; pero con cinco mil podría pararse el golpe; de eso yo me encargo. Y perdona, chico, perdona; abusamos de ti; ahora, ya ves, no es para mí; para mí no te pediría nada. Y que

no lo sepa Manolo; yo le diré que... No sé qué voy a decirle, porque cinco mil pesetas, así de pronto, ya sabe él que ningún amigo nuestro las tiene... En fin, ¿puedes salvarnos?

ENRIQUE. Sí, hombre, sí; cuenta con ellas; si quieres ahora mismo, precisamente esta mañana tomé un dinero que necesitaba; vamos a casa y en seguida...

ISIDORO. No, ahora no; es más urgente tranquilizarle, y si supiera que tenía ahora el dinero tendría que pelearme con él porque querría jugárselo. Le he dejado en el Américan; le diré que todo está arreglado, y mañana a primera hora iré yo por tu casa. ¿Tú madrugas mañana?

ENRIQUE. Sí, aquí madrugo siempre.

ISIDORO. ¿A las nueve, entonces?

ENRIQUE. Muy bien; a las nueve.

ISIDORO. Pues hasta mañana, y gracias; no esperaba menos; eres grande. Gracias, chico, gracias. Me estaba dando la noche ese Manolo. Adiós, Ricardo. Enrique, otra vez gracias. *(Sale.)*

RICARDO. ¿Tú crees que no es Manolo el que le ha mandado?

ENRIQUE. Qué sé yo; ¿pero qué más da? Vamos. *(Salen. Se ven pasar a las parejas bailando por el fondo, y al caer el telón la música sigue con estruendo, que se va perdiendo poco a poco hasta levantarse el telón nuevamente.)*

CUADRO QUINTO

Gabinete en la villa de los Marqueses de Valladares.

MARQUÉS y MARQUESA DE VALLADARES. EUGENIA y GUILLERMINA, entrando.

MARQUESA. No me habléis de volver a ese Posilipo. ¿A quién se le habrá ocurrido ponerlo de moda? No puede haber sido más que a Isidoro Casanueva en complicidad

con Filo Manzanares, que los dos se habrán hecho pagar el corretaje. Está más aburrido que Palermo y con peor gente que el Corfú, y casi tan mal como el Misukusco. Claro que todo mejor que el Casino.

MARQUÉS. ¿Y a mí qué me cuentas? Si eres tú la que no quiere que nos quedemos en casa ninguna noche.

MARQUESA. ¿Yo?... ¡Jesús!... Por mi gusto no iría a ninguna parte; voy por estas chicas, porque no se aburran aquí toda la noche con nosotros solos.

GUILLERM.[a] Pues, por nosotras... ¿Verdad, Eugenia?

EUGENIA. Figúrate, por mí... Esta noche me estaba cayendo de sueño.

MARQUÉS. ¿Tienes mucho sueño?

EUGENIA. Ya no.

MARQUÉS. Pues siéntate aquí con nosotros, y antes de acostarnos vamos a hablar de tu hermano; es preciso que sepas...

EUGENIA. ¿Qué vas a decirme? ¡Ya lo sé! Esta noche ha ocurrido algo desagradable en el Casino, ¿verdad? Por palabras sueltas, por conversaciones cortadas de pronto al acercarme yo, con menos disimulo que si hubieran continuado, he comprendido que algo querían ocultarme todos.

MARQUÉS. Es que tu hermano... Sí, esta noche no sé qué ha ocurrido; pero no es esta noche: es siempre. Tu hermano se reune con una clase de gente; ese Piñuela, inseparable suyo este verano, conocido de todo el mundo como un vividor de la peor especie, que, según dicen, hasta se ha visto en la cárcel más de cuatro veces, y tu hermano se presenta con él en todas partes, y juega con él en sociedad, y yo sé que han tenido que llamarles la atención por descuidos, incorrecciones en el juego, por no decir trampas, y hace unas noches que en la taquilla del Casino cambiaron un billete de quinientas pesetas falso, y no cabe duda que el billete era de ellos: era el único billete español que se cambió aquella noche. Esta noche también han cometido no sé qué incorrección,

y parece que la dirección del Casino les ha llamado al orden muy seriamente. No es eso sólo: tu hermano juega y pierde, y nunca le falta dinero. ¿De dónde sale ese dinero? Todo el mundo sabe cuáles son vuestras rentas; todo el mundo sabe que vivís atenidos a pensiones, a regalos de vuestros parientes y de algunos buenos amigos de vuestra familia; suponte el mal efecto para cuantos ponen de su parte todo lo posible para que podáis vivir con decoro saber que tu señor hermano se juega de esa manera un dinero que no puede ser suyo, mío tampoco; por supuesto, a mí ya no se atreve a pedirme; yo supongo que es a Enrique Garcimora a quien le saca ahora el dinero.

EUGENIA. ¿Tú crees?...

MARQUÉS. No puede ser a otro, o había que creer en algo peor. Sí, no te quepa duda; es a Garcimora, y tú debes ser la primera en comprender lo que eso te perjudica; en el concepto de Enrique todos vemos, todos sabemos que está muy enamorado de ti; pero su actitud contigo no es nada correcta; no es la actitud del hombre que pretende a una señorita: te pretende como se pretende a una mujer casada o a otra clase de mujeres; lo ve todo el mundo.

EUGENIA. ¡Dios mío!...

GUILLERM.ª ¡Eugenia!...

MARQUESA. Qué cosas tienes, hombre.

MARQUÉS. Perdona, hija mía; comprenderás que hablo por vuestro bien, por ti sobre todo; no podrás dudar lo que todos te queremos en esta casa, lo que eres para nosotros.

EUGENIA. Sí, sí; si no me dices nada que yo no sepa, en que yo no hubiera pensado antes; pero ¿qué puedo hacer yo? ¿Qué puedo hacer? Yo no tengo autoridad sobre mi hermano; tampoco creo que él sea tan malo; es por ligereza, eso sí; pero yo no le creo capaz de una indignidad. En cuanto a Enrique, sí; dices bien; su actitud conmigo no es la del hombre que pretende

honradamente a una mujer honrada. Aunque tuviera motivos para pensar de mi hermano lo que quisiera, de mí no puede haberlo pensado, no ha debido pensarlo nunca; pero si su actitud es incorrecta por lo que calla, hasta ahora nunca lo fué por sus palabras; comprenderás que yo no puedo perder toda la razón al advertirle que su actitud me ofende, cuando él pudiera decir con más razón todavía que mis agravios se habían anticipado a sus ofensas.

MARQUESA. Eso es verdad; él hasta ahora... ¿Y qué sabemos si su actitud no es más bien cortedad, si él no teme que tú, a pesar de todo su dinero, no le creas digno de ti?

MARQUÉS. ¿Cómo ha de creerlo? Estos ricachos de ahora no creen que hay nada imposible para ellos, y hay que confesar que entre todos, altos y bajos, les damos sobrado motivo para que lo crean. Ahora, dices muy bien: tú aún no puedes darte por agraviada si sólo ha pecado por omisión; claro que tratándose de pretender a una muchacha soltera, no hablar para nada de matrimonio ya es una omisión muy significativa; pero dices bien: hay que esperar, acaso estemos equivocados; si él, por su parte, ha interpretado mal tu actitud, que, naturalmente, había de ser reservada hasta la frialdad, otra cosa hubiera sido para que él se creyera que tú sólo veías en él al hombre de dinero, y que sin haberle apenas tratado, sin esperar a conocerle bien, no hubiera más que hablar. De todos modos, el asunto es muy delicado. Yo creo, en mi opinión... ¿Me autorizas para que yo hable con él, como cosa mía, por supuesto, sin decirle que tú?...

EUGENIA. Te agradezco la buena intención; pero temo lo que él pueda pensar de mí; lo que piense, que lo piense por él; que nunca pueda decir, si ha pensado mal, que tuvo razón para pensarlo.

MARQUESA. Eugenia dice muy bien: hasta ahora no hay razón para llamarle al orden; esperemos. Él claro es que no ha dicho a nadie que piense casarse contigo, pero tampoco ha dicho que no piense casarse.

GUILLERM.ª Yo estoy segura de que se casará, por lo mismo de que quizás no lo piensa.

MARQUÉS. No sería un mal matrimonio por ningún estilo; todos nos alegraríamos.

EUGENIA. ¿Deseas decirme algo más? Estoy rendida de sueño.

MARQUÉS. Sí; todos vamos a acostarnos tardísimo, como siempre. Buenas noches, Eugenia, hija, y perdona si te he dado un mal rato.

EUGENIA. Por Dios, vosotros sí que tenéis que perdonarnos. Hasta mañana a todos.

MARQUESA. Que descanses bien, hija mía. *(Sale Eugenia.)* No sé por qué le has dicho nada.

MARQUÉS. Esta misma tarde me decías que era necesario decírselo.

MARQUESA. Sí; pero nosotros éramos los menos indicados; estos muchachos tienen su familia; la familia es la llamada a intervenir en sus asuntos; nosotros bastante hacemos con lo que hacemos.

MARQUÉS. Es que si no fuera por nosotros...

MARQUESA. Sí, al principio la gente promete mucho. Cuando estos chicos se quedaron sin sus padres y en la más completa ruina, todos eran a prometer pensiones, tantos mensuales; pero poco a poco todos han ido desentendiéndose, algunos hasta dándose por ofendidos con cualquier pretexto.

MARQUÉS. Sí, es muy cómodo disgustarse a la hora de soltar los cuartos; cualquier pretexto es bueno para ahorrarse unas pesetas.

MARQUESA. Ello es que los únicos que no hemos faltado a lo que prometimos hemos sido nosotros.

MARQUÉS. No es que me pese; en nuestra clase estamos más obligados que en ninguna otra a dar ejemplo de solidaridad.

MARQUESA. Y Eugenia hasta ahora se lo merece todo.

GUILLERM.ª A propósito, mamá; Eugenia anda muy mal de vestidos de noche; los dos que tiene están ya muy desluciditos.

MARQUESA. Dale el tuyo rosa, que apenas te lo pones.

GUILLERM.ª Me da no sé qué darle mis vestidos usados; esta mañana hemos visto unos modelitos muy monos y baratos; cuatrocientos francos, ya ves. Me compraré yo uno también para que no crea que se lo compramos a ella sólo por ser baratos.

MARQUESA. Lo que tú quieras.

MARQUÉS. No he insistido en hablarle de su hermano por no disgustarla y porque ella le defiende en seguida; es que ella no sabe, no puede creer; ¡pero ese Manolo!... Quisiera equivocarme, pero el día menos pensado... Va por mal camino, muy malo.

MARQUESA. Los muchachos, aunque hagan locuras, no pierden nada; no es como las muchachas. Lo mejor que podían hacer los dos hermanos es casarse pronto; sería un descanso para todos. Es lo que trae el favorecer; sin darse cuenta se impone uno obligaciones y adquiere responsabilidades.

MARQUÉS. Eso sí que no; ¿responsabilidades nosotros? Los dos hermanos ya no son unas criaturas, y Eugenia es juiciosa. ¿Nos acostamos?

MARQUESA. *(A Guillermina.)* ¿Tú te pondrás todavía a escribir cartas?

GUILLERM.ª No, esta noche no; estoy muy cansada.

MARQUESA. Pues no has bailado mucho.

GUILLERM.ª No, no me he separado de Eugenia en toda la noche, jugando al escondite por no encontrarnos con Enrique.

MARQUÉS. La verdad, yo no me explico lo que pretende ese hombre. ¿Qué te ha dicho a ti Eugenia?

GUILLERM.ª Eugenia le quiere más de lo que ella misma se figura.

MARQUESA. ¿Querer?... Que le convendría mucho casarse con él.

GUILLERM.ª Estás equivocada, mamá; yo creo que le querría aunque no tuviera dinero.

MARQUESA. Si no tuviera dinero, ni le hubiéramos conocido.

GUILLERM.ª Eso es verdad.

MARQUESA. Es una tontería desear que las personas que conocemos fueran de otra manera de como las hemos conocido; porque son lo que son las conocemos, y por lo

que son se las quiere o no se las quiere. Buenas noches, hija. Y mañana no me habléis de ningún dancing. ¡Qué aburrimiento! Mejor lo pasamos en cualquier cine. *(Toca un timbre y sale un Criado.)* Que apaguen, que se acuesten todos. *(Salen todos, y el Criado apaga las luces y sale.)*

TELÓN

CUADRO SEXTO

La habitación de Eugenia. Ventana al fondo.

EUGENIA, en quimono o desabillé de noche, sentada, cose el vestido que ha llevado puesto junto a una mesita con neceser de costura y una lámpara con pantalla. Después, GUILLERMINA. Se oye cantar en la calle una canción francesa como por un grupo de gente que va algo bebida. Después suena también un gramófono más lejano.

GUILLERM.ª *(Llamando a la puerta.)* Eugenia.

EUGENIA. ¡Ah! Guillermina, entra.

GUILLERM.ª ¿Qué haces?

EUGENIA. Ya lo ves: coso. Está tan pasadita la tela de este vestido.

GUILLERM.ª Mañana vamos a comprarnos uno de los modelitos que hemos visto; es un regalo de mamá.

EUGENIA. No, Guillermina.

GUILLERM.ª No digas nada, porque si no compramos el tuyo no me compran a mí el mío. Me gustan a mí esos modelitos, son una monada.

EUGENIA. ¡Qué buena eres!

GUILLERM.ª He querido venir antes de acostarme para saber si no te has disgustado por lo que te ha dicho papá.

EUGENIA. ¿Cómo puedo yo disgustarme con tu padre? ¿Cómo puedo yo olvidar nunca lo que en tu casa habéis sido para nosotros?

GUILLERM.ª No hay que hablar de eso. *(Acercándose a la venta-*

na.) ¿Hay todas las noches tanto ruido en esta calle? Como mi cuarto da al jardín, allí no se oye nada.

EUGENIA. En esta calle hay dos o tres cabarets, y hasta muy tarde pasa gente cantando, gente alegre.

GUILLERM.ª Sí debe pasar mucha gente, porque son muchos los que algunas noches han visto pasar a Enrique.

EUGENIA. Saldría de algunos de estos cabarets con amigos.

GUILLERM.ª Los cabarets de esta calle no son para que Enrique los frecuente. Le han visto pasar solo, pasar y pararse delante de esta ventana; sin duda veía luz, si estaban las maderas sin cerrar como ahora, y acaso esperaba...

EUGEUIA. Alguna vez me asomo a la ventana antes de acostarme. No le he visto nunca.

GUILLERM.ª Pues ya lo sabes: ha pasado más de una noche. Si eso no es pensar en ti...

EUGENIA. Eso es querer que otros piensen lo que no es; tú lo sabes. *(Se levanta y va a cerrar las maderas.)*

GUILLERM.ª ¿Vas a cerrar?

EUGENIA. Por si acaso.

GUILLERM.ª Tal vez haya sido casualidad otras noches. Yo creí que ibas a alegrarte al saberlo. Está visto que hoy todos nos hemos propuesto disgustarte.

EUGENIA. No, Guillermina, no me hables así; pero yo no quiero que tú creas... No, no es verdad. Yo no puedo querer a Enrique, no quiero quererle. *(Se echa a llorar.)*

GUILLERM.ª Vamos, ¡por Dios! Van a oírte, ¿y qué van a creer? Vamos, acuéstate; no pienses en nada. Si supieras que yo estoy muy segura de que vas a ser muy dichosa. Lo creo, lo creo. Hasta mañana, Eugenia; dame un beso. *(Sale Guillermina. Eugenia apaga la luz, abre las maderas, suelta las cortinas de la ventana y por entre ellas mira a la calle.)*

TELÓN

CUADRO SÉPTIMO

Un gabinete-despachito en la villa de Enrique Garcimora.

ENRIQUE, en pijama, entra, abre un mueble-secreter, busca y rebusca, sale de escena, vuelve a poco y busca de nuevo en el secreter con muestras de impaciencia y de extrañeza. Entra DAMIÁN.

ENRIQUE. *(Al verle.)* ¡Damián!

DAMIÁN. Ya sé. No te canses, no busques; era un sobre con dinero, un sobre como ése. *(Señalando uno que tiene Enrique en la mano.)* No busques, lo han robado.

ENRIQUE. ¿Tú sabes?

DAMIÁN. Lo he visto.

ENRIQUE. Algún criado. Se despidió a uno cuando faltaron el alfiler y la pitillera, y por lo visto el ladrón sigue en casa.

DAMIÁN. No, el ladrón no es de casa; yo no lo había creído nunca; ya sabes que siempre me opuse a que se despidiera al pobre Tommy; le gustaba beber, pero era un buen muchacho. No fué él el que robó el alfiler y la pitillera; ya lo sabía yo; por eso he vigilado, y ahora ya sé.

ENRIQUE. ¿Qué sabes?

DAMIÁN. Ayer tarde estuvieron aquí el señorito Isidoro y el señorito Manolo.

ENRIQUE. ¿Eh?

DAMIÁN. Tú habías sacado una porción de billetes de tu cartera, los metiste en un sobre y guardaste el sobre en ese mueble que dejaste abierto mientras pasabas a vestirte a tu cuarto; recuerda. Yo estaba allí, detrás de esa puerta entornada, frente al mueble. El señorito Isidoro se puso a leer estos periódicos; el señorito Manolo se paseaba por la habitación y no dejaba de mirar al mueble y a la puerta de tu cuarto. En uno de sus paseos, como distraído, tomó de ahí otro

sobre, fué hacia el mueble y con gran rapidez cambió por este sobre *(Señalando el que tiene Enrique en la mano.)* el que tú habías dejado, que se guardó en un bolsillo de la americana y en seguida se sentó al lado del señorito Isidoro. Y recuerda que, antes de que tú salieras, se despidieron diciéndote desde aquí que al señorito Manolo se le había olvidado una cita que tenía a aquella hora y que te verían por la noche.

ENRIQUE. Sí, todo fué así. ¿Pero tú estás seguro?

DAMIÁN. ¿Estás tú seguro de mí?

ENRIQUE. Es la primera vez en mi vida que quisiera no estarlo, que casi preferiría dudar de ti, de cualquiera.

DAMIÁN. *(Sacando un sobre del bolsillo.)* ¿Era éste el sobre en que dejaste los billetes?

ENRIQUE. Un sobre blanco.

DAMIÁN. Un sobre de estos, ¿cómo el que has encontrado en lugar del otro?

ENRIQUE. Sí, de estos era... Éste es. *(Viendo el que tiene Damián.)* ¿Entonces es que tú?... ¿Cómo está este sobre en tu poder?... ¿Es que?...

DAMIÁN. No, no es lo que te figuras; yo no hubiera tomado nunca ninguna determinación sin contar contigo.

ENRIQUE. Te lo agradezco. ¿Entonces?...

DAMIÁN. Verás: sin que ellos pudieran notarlo yo salí detrás de ellos dispuesto a seguirles fueran donde fueran, más que nada quería saber si la cosa estaba tramada entre los dos o había sido sólo el señorito Manolo.

ENRIQUE. Hubieras hecho un buen policía. ¿Y ahora sabes?...

DAMIÁN. Asuntos más difíciles han andado a mi cargo. Si viviera tu padre, él podría decírtelo.

ENRIQUE. Sé que tenía en ti confianza absoluta, la misma que yo tengo; sólo por eso puedo creer lo que me dices; pero es horrible, llegar a eso, a robar así, a mansalva, contando con que antes se sospecharía de cualquier pobre criado que del amigo.

DAMIÁN. Desde que faltaron el alfiler y la pitillera sospechaba yo del señorito Manolo; no quise decirte nada por

que, como a ti, me parecía imposible; no, imposible no hay nada, ha visto uno tanto, me parecía que sería desagradable para ti, que te costaría un disgusto como ahora.

ENRIQUE. Como ahora, no lo sabes tú bien. Bueno, ¿les seguiste y...?

DAMIÁN. Verás: el señorito Manolo se separó del señorito Isidoro; debió poner un pretexto muy mal urdido, porque el señorito Isidoro se reía con sorna, como si no creyera lo que el otro le estaba diciendo; ello fué que se separaron, y el señorito Manolo empezó a andar y a andar de una calle a otra, como quien no sabe qué hacer ni por dónde tirar; yo ya estaba desesperado de poder averiguar nada más, y tuve que hacerme mucha fuerza para no echarme sobre él y no mandarle detener por ladrón; tuve que acordarme de muchas cosas y pensar en ti mucho.

ENRIQUE. Hiciste bien, Damián; hiciste bien.

DAMIÁN. De pronto pareció que tomaba alguna resolución y echó a andar más aprisa y a mirar a un lado y a otro, y, por fin, entró en una casa de cambio de muy mal aspecto, una que hay en la esquina de esa calle de escalerillas, que baja al puerto de pescadores; yo, desde enfrente, procurando que no me viera, observé toda la operación: cambió unos billetes de mil pesetas por billetes franceses. Al salir estaba muy pálido y se llevaba una mano al pecho, como si le costara respirar.

ENRIQUE. Lo comprendo. Casi le tengo lástima.

DAMIÁN. Ya lo sabía yo. Muy práctico se ve que no está todavía. Dejé que desapareciera y entré en la casa de cambio, pregunté al dueño si conocía al señor que acababa de salir; me dijo el hombre, judío de lo más puro, que no le había visto nunca ni sabía quién pudiera ser; me dijo que había cambiado diez mil pesetas en francos, y ya al salir, dejando a mi hombre muy escamado, delante del mostrador vi el sobre que el señorito Manolo había cometido la impruden-

cia de tirar, después de guardarse el dinero en su cartera; lo recogí, y presentándoselo al hombre: «Haga usted el favor de poner alguna contraseña en este sobre», le dije. ¡Vieras su cara! También él debió ver la mía, y sin chistar echó esta rúbrica y puso este sello, «el de la casa», me dijo. Quería que yo le explicara; yo me limité a decirle que estuviera tranquilo, que su dinero no lo perdería, y el hombre me acompañó hasta la puerta haciendo reverencias. Esto es todo; ya lo sabes; ahora tú verás. ¿Cuánto era el dinero?

ENRIQUE. Treinta mil pesetas; acababa de cobrarlas.

DAMIÁN. Es un pico.

ENRIQUE. Lo de menos es el dinero.

DAMIÁN. Pues el amigo no vale tanto. ¿Guardas el sobre?

ENRIQUE. Sí. Ahora mismo telefonea al señorito Ricardo a su casa, ya sabes.

DAMIÁN. ¿A su verdadera casa?

ENRIQUE. Sí, a su casa, anoche le dejé allí. De mi parte que venga en seguida, en seguida; es el único en quien tengo confianza.

DAMIÁN. Por si acaso, cierra el mueble.

ENRIQUE. No, ése no.

DAMIÁN. Con gente de todas clases andaba tu padre; pero si él viera con la gente que tú andas ahora.

ENRIQUE. No digas disparates.

DAMIÁN. Queda entre nosotros; ya sabes que delante de gente nadie te trata con más respeto, eso sí, perro fiel siempre, le debo la vida a tu padre y yo no he comido desde chiquillo más pan que el de tu casa; pero delante de gente, para mí eres el señor, don Enrique, de usted y hasta de usía, si quieres, y de vuecencia si llegara el caso, yo sé estar en todo. Y no te lleves ningún disgusto; bueno es que sepas a quién tratas y quién es cada uno. Aprender nunca es caro.

ENRIQUE. Anda, anda, haz lo que te he dicho, avisa al señorito Ricardo; si está dormido, que le despierten, que le necesito en seguida.

AMIÁN. Descuida; si es preciso voy yo mismo y le traigo. *(Sale Damián. Enrique mira el sobre, vuelve a mirar en el mueble. Damián vuelve a entrar y anuncia.)* El señorito Isidoro.

NRIQUE. Que pase en seguida. Entra, Isidoro, entra. Anda, Damián. *(Sale Damián.) (A Isidoro.)* Siéntate, has venido muy temprano.

IDORO. A las nueve, como te dije.

NRIQUE. Es verdad, quedaste en venir a las nueve.

IDORO. ¿No te acordabas ya?

NRIQUE. Sí, ¿no había de acordarme? ¿Has visto a Manolo?

DORO. Ahora le dejo; no nos hemos acostado en toda la noche, sin parar en ninguna parte, paseo arriba, paseo abajo. Está loco.

RIQUE. Sí, debe estarlo; de otro modo, no... *(Se calla de pronto.)*

DORO. ¿Qué ibas a decirme?

RIQUE. Nada, nada. ¿Es tan grave lo que le ocurre?

DORO. Muy grave; de no serlo, nunca me hubiera atrevido a molestarte; ya nos has hecho bastante favores; pero no quieras saber; ese Manolo ha firmado todo lo que le han exigido: hay firmas falsificadas, recibos de alhajas y valores en depósito... ¡El delirio! Hay para ir del juzgado a la cárcel en veinticuatro horas. Luego, sobre no pagar, ha querido echarlo a lo bravo, y ha maltratado de palabra y creo que hasta de obra al hombre de los documentos, que, claro está, ya no hay quien le amanse; no sé si aun con las cinco mil pesetas podremos arreglarlo; en fin, de eso yo me encargo. Manolo es imposible; con echar por delante su nombre y su caballerosidad; y en estas cuestiones y con esa gente figúrate si hay nombre ni caballerosidad que valgan.

NRIQUE. Sí, su nombre, su caballerosidad...

IDORO. No ha aprendido a tratar con los usureros, que, después de todo, no es tan mala gente. Yo los tengo que, vamos, se dejarían matar por mí; cuestión de coba fina: les convido a comer de cuando en cuando,

me los llevo de excursión en el auto, no vuelvo una vez de viaje que no les lleve algún recuerdillo. En e auto he conseguido yo grandes rebajas en los intereses, gracias al acelerador. Manolo no sabe llevar esto asuntos, con su carácter... En fin, vamos a sacarle del apuro cuanto antes, porque está en un estado ¡Qué nochecita!

ENRIQUE. Oye: Manolo jugó ayer y perdió bastante. ¿Tú sabe lo que perdió, poco más o menos?

ISIDORO. No ha querido decírmelo. Jugó en el Casino y lueg en Posilipo; confiaba en una buena racha para salv la situación. Por cierto que tuvieron un disgusto, un discusión por una jugada.

ENRIQUE. Sí, ya sé. ¿De modo que perdió todo lo que tenía Porque tenía bastante para haber pagado, según m noticias.

ISIDORO. Eso no sé.

ENRIQUE. Sí, por la tarde tenía en su poder treinta mil peseta

ISIDORO. ¿Tú crees?

ENRIQUE. Estoy seguro; las mismas que faltan aquí. *(Sacan el sobre.)*

ISIDORO. ¿Qué dices?

ENRIQUE. Recuerda que estabais aquí cuando yo llegué Bilbao, en donde había cobrado ese dinero; recuer que saqué los billetes de la cartera y los metí en e sobre, que deje en ese mueble, y en seguida entré mi cuarto para vestirme, y dejé el mueble abier porque, naturalmente, estando vosotros aquí me recía una indelicadeza cerrarlo delante de vosot Después, ya lo sabes : Manolo se apoderó del sol que, como ves, ha vuelto a mis manos, con el s de la casa en donde cambió parte del dinero.

ISIDORO. No, no es verdad; no puedo creerlo; eso no.

ENRIQUE. ¿Tú crees que me atrevería a decirlo, a pensarlo quiera, si no estuviera seguro de ello?

ISIDORO. Yo te digo que no es verdad, que no puede serlo lo creo aunque me lo jures.

ENRIQUE. ¡Isidoro!...

ISIDORO. ¿Qué?...

ENRIQUE. ¿No basta que yo lo diga, que yo lo afirme? ¿Qué crees de mí entonces, si me crees capaz de semejante acusación sin la certeza, la evidencia de que es verdad?... ¿Qué crees de mí?...

ISIDORO. Creo... No sé, perdona; de ti no creo nada; pero menos puedo creer que sea verdad lo que dices; alguien te ha engañado, alguien te ha hecho creer... No, eso no pueder ser. Ahora mismo traigo a Manolo, y delante de mí vas a repetir lo que me has dicho; que él lo oiga, que él lo sepa, que pueda defenderse; no puedes negarle ese derecho.

ENRIQUE. Eres un buen amigo, Isidoro; pero temo que tu buena amistad va a tener un cruel desengaño. Está bien, sí, trae a Manolo; es lo mejor. Yo, por mi parte, he avisado a Ricardo; juntos podemos hablar, en la seguridad de que cuanto hablemos aquí no saldrá de nosotros. Comprenderás que yo no voy a ser inexorable, que de antemano he perdonado.

ISIDORO. Es que yo no creo que tengas nada que perdonar.

ENRIQUE. No vas a tardar en saberlo. Anda, trae en seguida a Manolo Castrojeriz.

ISIDORO. Sí, sí; pero yo no le diré nada; has de ser tú, tú mismo quien le digas lo que me has dicho a mí.

ENRIQUE. Lo mismo; puedes estar seguro.

ISIDORO. Está bien. Hasta ahora. *(Sale. A poco entra Damián.)*

DAMIÁN. El señorito Ricardo, que viene en seguida. ¿Le has dicho a éste?...

ENRIQUE. Sí, no puede creerlo.

DAMIÁN. Lobos de una camada.

ENRIQUE. Ahora volverá con el otro.

DAMIÁN. ¿Con el señorito Manolo?

ENRIQUE. Sí.

DAMIÁN. ¿Y qué vas a decirle?

ENRIQUE. Qué voy a decir... Lo que él pueda decir es lo que importa.

DAMIÁN. Él negará de todas maneras; pero a mí, no; a mí no podrá decirme que no es verdad todo lo que he visto,

lo que ya sabes. *(Viendo entrar a Ricardo.)* Aqu está el señorito Ricardo.

ENRIQUE. Hola, Ricardo.

RICARDO. ¿Qué te ocurre?

ENRIQUE. Algo muy grave, muy desagradable, que no va a so prenderte. Recuerda que anoche mismo me pregu tabas si Manolo Castrojeriz me había pedido dine en estos días.

RICARDO. Sí.

ENRIQUE. Que tú sabías que anoche había jugado fuerte en Casino y en el Polisipo, y no podías explicarte dónde había sacado el dinero.

RICARDO. Exactamente.

ENRIQUE. El dinero era mío.

RICARDO. Ya decía yo.

ENRIQUE. No, tú supones que me lo hubiera pedido; no pod s sospechar que lo hubiera robado.

RICARDO. ¿Eh?

ENRIQUE. Robado, sí, robado. Damián te dirá lo que él ha v-to, lo que él sabe. *(A Damián.)* Díselo todo. Vo a escribir unas cartas urgentes, unos telegramas; p-dona un momento; Damián te contará.

RICARDO. ¡Ese Manolo! No me sorprende, dices bien; pero nu-ca le creí capaz de una cosa así.

ENRIQUE. Escucha, escucha.

DAMIÁN. Verá usted: *(Mientras Enrique escribe. Damián -bla con Ricardo; por sus gestos y ademanes se ve refiere lo mismo que ha referido antes: escena mu que queda encomendada a los actores. Cuando se c oportuno entran Isidoro y Manolo, que se quec parados sin atreverse a entrar, hasta que Enri deja de escribir y repara en ellos.)*

ISIDORO. Aquí nos tienes.

ENRIQUE. *(A Damián.)* Estas cartas y estos telegramas; ma a cualquiera y vuelve aquí en seguida, puedo ne-sitarte. *(Sale Damián y entra a poco.)*

MANOLO. *(A Enrique.)* Me ha dicho Isidoro que tenías decirme algo, tú dirás.

ENRIQUE. Ven aquí; sí, es verdad, tenía que decirte algo y no sé cómo decirlo; yo quisiera que fueras tú el que lo dijeras todo, que tuvieras ese buen impulso. *(A Isidoro.)* ¿Tú no le has dicho nada?

ISIDORO. Nada; ya te dije que habías de ser tú quien le repitiera delante de mí lo mismo que me has dicho antes.

ENRIQUE. Sí, sí.

MANOLO. ¿Pero qué pasa? ¿Qué caras tenéis todos? ¿Qué sucede?

ENRIQUE. No, Manolo, así no; eres tú el que, antes que nosotros lo digamos, debes confesarnos la ligereza, ya ves que no la califico de otro modo, la ligereza que has cometido sin pensar, estoy seguro; un momento que lo hubieras pensado...

MANOLO. ¿Pero qué dices? ¿De qué me hablas? No entiendo, no quiero entenderte. ¿De qué se me acusa?

ENRIQUE. ¿Lo ves? Eres tú el acusado, y más parecemos nosotros los culpables; por eso puedes comprender la violencia que me cuesta decirte lo que ya debías haber tú dicho. Los tres somos amigos tuyos, los tres te queremos a pesar de todo...

MANOLO. ¿A pesar de qué? ¡Basta! ¿De qué se me acusa? ¿Qué tienes que decirme? ¡Pronto!

ENRIQUE. *(A Ricardo.)* ¿Estás viendo?

ISIDORO. Tiene razón; no se acusa a nadie por sospechas, por indicios.

ENRIQUE. ¿También tú? Pues bien; habrá que decirlo todo. Ven aquí, Damián: ¿Qué has visto tú? ¿Qué sabes? Dilo todo.

MANOLO. ¡Ah! Es un criado, ¿un criado tuyo el que va acusarme? ¿Y crees que voy a consentirlo?

ENRIQUE. Es lo mismo. Damián, que no es un criado, es una persona de toda confianza, que ha vivido en mi casa toda la vida.

MANOLO. En tu casa, ¡es una garantía!; en la casa de tu padre, una caverna de ladrones y contrabandistas.

ENRIQUE. *(Va a arrojarse sobre él.)* ¿Qué dices?

DAMIÁN. *(Sujetándole.)* Deja, Enrique.

RICARDO. *(Sujetando a Manolo, que también va a arrojarse sobre Enrique.)* ¿Qué vas a hacer tú?

ISIDORO. Tiene razón: le insultan, se defiende.

ENRIQUE. Pues bien; ya no diré nada. *(A Damián.)* No digas nada tú tampoco. Ya no eres para mí el amigo: eres el ladrón que abusa de la confianza del amigo y a quien se trata como a un ladrón.

MANOLO. *(Arrojándose sobre Enrique.)* ¿Qué estás diciendo, miserable?

ENRIQUE. *(Forcejeando con él y sujetándole.)* Miserable tú, ¡canalla!

DAMIÁN. Enrique.

RICARDO. Vamos. *(A Isidoro.)* Llevátele.

ISIDORO. Vamos, sí, vamos; pero comprenderás...

RICARDO. Luego, luego hablaremos más en calma; ahora salid los dos.

ISIDORO. ¿Pero es que tú crees?

RICARDO. No creo nada, todavía no creo nada.

MANOLO. Y será él quien diga que no puede batirse conmigo.

ENRIQUE. Claro está que no. ¡No faltaría otra cosa! Es en otro lugar donde los dos responderemos de todo: yo, de mis palabras; tú, de tus hechos.

MANOLO. Piensa lo que vas hacer.

ENRIQUE. Antes debías haberlo pensado tú. ¡Fuera de aquí, fuera!

ISIDORO. *(Llevándose a Manolo.)* Vamos, vamos. *(Salen Isidoro y Manolo.)*

ENRIQUE. *(A Ricardo.)* ¿Has oído a Damián?

RICARDO. Sí.

ENRIQUE. ¿Estás convencido de que todo es verdad?

RICARDO. Sí, Enrique, por desgracia, lo creo; creo que todo es verdad.

ENRIQUE. Tú sabes que yo estaba dispuesto a perdonar; tú sabes que el dinero era lo que menos significaba para mí, que sólo quería que él me hubiera confesado su su falta, que se hubiese arrepentido, y ya has visto: su orgullo, su soberbia de raza han podido más que todo; ya lo has oído.

RICARDO. Sí, Enrique.

ENRIQUE. Ahora comprenderás que tengo razón para todo.

RICARDO. Sí, Enrique; pero cuando se tiene razón es cuando es más fácil y más noble perdonar.

ENRIQUE. No, eso sí que no, no. También yo tengo mi orgullo de raza, la mía, ésa que él me echaba en cara. Quiero demostrarle que tenía razón, ya ves si soy generoso, que tenía razón, que procedo de esa caverna de ladrones y contrabandistas, como él ha dicho. Figúrate mi orgullo, mi satisfacción cuando haya demostrado a todos que un Castrojeriz, un noble de más ilustre prosapia, es igual a los míos, ¡igual a mí!... ¡Ya ves qué alegría!... ¡Ya ves!...

TELÓN

CUADRO OCTAVO

El cuarto de Manolo en una modesta pensión.

Entran MANOLO e ISIDORO.

MANOLO. ¿Por qué me traes? Necesito andar, andar hasta caer rendido. ¿No ves que aquí encerrado voy a volverme loco? Déjame salir, déjame.

ISIDORO. No, Manolo, no sales. ¿Para qué? ¿Para seguir bebiendo? Sientate aquí; vamos, Manolo.

MANOLO. Y no poder matarle, no poder matarle.

ISIDORO. No, no puedes matarle, no podéis mataros. Vamos, escúchame; atiende, hazme ese favor; por lo que más quieras, escucha.

MANOLO. Sí, sí.

ISIDORO. No dudarás que yo soy tu amigo, suceda lo que suceda; ya has visto que me puesto de tu parte contra Enrique, contra Ricardo, que no parecía muy convencido; ahora ya los dos solos, vas a decirme la verdad, la verdad, Manolo; mira que ya me asusta lo que has

hecho. Sí, Enrique tiene razón; tú no sabes que era él quien me había ofrecido las cinco mil pesetas que habían de librarte por lo pronto de ese hombre; que a eso fuí a su casa esta mañana, y entonces fué cuando me dijo lo que ya sabes, lo que has oído, lo que él cree, y comprende que no se afirma una acusación semejante sin un convencimiento, sin una seguridad. Aunque no fuera cierto, bastaría con que se sospechara para que todas las apreciaciones estuvieran en contra tuya. Todo el mundo sabe que ayer jugaste fuerte y perdiste un dinero que nadie se explica de dónde has podido sacarlo. ¿Podrías explicarlo? La misma vehemencia con que te has anticipado a rechazar una acusación que aún no era terminante, nada te favorece. Yo no he podido hacer más que aparentar, aparentar a pesar mío que no podía creerlo; pero ahora ya estoy pesaroso si al ponerme de tu parte, con mi actitud he agravado la indignación de Enrique, al que has ofendido con agravios de esos que nunca se perdonan porque nunca pueden olvidarse, y ofensa que no se olvida no se perdona nunca.. Ahora hay que esperarlo todo, hay que temerlo todo.

MANOLO. *(Rompe en llanto de desesperación.)* Sí, sí; tienes razón; es verdad: soy un miserable, un canalla. ¿Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo?

ISIDORO. ¿Era verdad? Entonces, ¿por qué no se lo confesaste todo a Enrique? Y aunque hubieras negado, ¿por qué insultarle, por qué ofenderle todavía?

MANOLO. ¿Qué quieres? Cuando uno comete una canallada y a pesar de haberla cometido, la verdad es que no es uno un canalla, al oírse acusar por los demás hay algo que se revuelve, que se rebela en todo uno: es que al oírlo ya nos parece mentira; es cuando se comprende que no ha debido ser, cuando nos parece que no ha sido, y así me pareció a mí; si te dijera que yo creía en mí al rebelarme contra la acusación, que era sincero al defenderme, porque ése era yo, el que se

defendía, el que creía en mí; el que hizo lo que hice era otro, era otro. ¿Cómo he podido serlo? ¡Estoy loco! Creí que podía salvarlo todo, que podría restituir... Tú lo sabes: yo no soy un canalla; yo no soy malo; yo no había nacido para ser esto, esto...: ¡un ladrón..., un ladrón miserable!

ISIDORO. Vamos, Manolo; hay que ser hombre, hay que pensar con serenidad.

MANOLO. ¡Pensar!... Ya lo tengo pensado.

ISIDORO. ¿El qué?... ¿Matarte? Sí es una solución. ¿Y tu hermana? ¡Tu pobre hermana!

MANOLO. Para mi hermana sería un bien perderme para siempre.

ISIDORO. No digas eso.

MANOLO. Estoy seguro de que si Enrique no ha pensado en casarse con ella ha sido por mí; que es por mí por quien ha creído posible conseguir a mi hermana de otro modo. Y ahora, ¿cómo podrá comprender él?... ¿Cómo podrás comprender tú, cuando anoche mismo me decías pídele a Enrique, y yo te decía que a Enrique de ninguna manera, sabiendo que pretendía a mi hermana? ¿Cómo podrás comprender que el mismo que tenía la delicadeza de no querer pedirle nada, momentos antes le había robado? ¡Este orgullo nuestro, que sólo estima nuestras acciones por lo que de ellas puedan pensar los demás!... Yo confiaba que nadie supiera que yo había robado, aunque yo lo supiera siempre, y temía en cambio que alguien supiera que Enrique me había dado dinero.

ISIDORO. Y ese hombre, que esperaba...

MANOLO. ¡Ya! ¿Qué importa, qué importa nada?

ISIDORO. ¡No, Manolo, no; no pienses locuras; no pienses en matarte! ¡Júrame que no harás una locura, júralo por la memoria de tu madre!

MANOLO. Sí, sí. ¿Pero ya qué puedes tú hacer por mí?... ¿Qué puede hacer nadie?

ISIDORO. ¿Qué sabemos? Enrique... Yo aún confío; en el fondo es un buen muchacho; ha sido nuestro amigo; yo ha-

blaré antes con Ricardo; espérame aquí, no saldrás de aquí hasta que yo vuelva. Mira, si nada se consigue, si Enrique es inexorable, como debemos temer, entonces...

MANOLO. Sí, entonces ya sé lo que tengo que hacer.

ISIDORO. Espérame aquí.

MANOLO. Sí, te esperaré; entretanto escribiré unas cartas.

ISIDORO. Déjate de cartas, ¿qué cartas ahora? Reza, será mejor; reza mientras yo vuelvo; reza como rezábamos de niños; no digas que lo has olvidado, y si no recuerdas más oraciones di con toda tu alma: «¡Dios mío!... ¡Madre mía...!» ¿Qué mejor oración? Con eso basta.

MANOLO. Dios mío... Madre mía... *(Rompe a llorar, pero ya sin desesperación.)*

ISIDORO. Así, así. Bueno es que llores. Espérame, espérame. *(Sale.)*

TELÓN

CUADRO NOVENO

La habitación de Eugenia, lo mismo que en el cuadro sexto.

DONCELLA. *(Dentro.)* Señorita Eugenia, señorita Eugenia.

EUGENIA. *(Detrás de un biombo que figura ocultar el lecho.)* ¿Quién?

DONCELLA. Soy yo, Filomena.

EUGENIA. Voy en seguida. *(En salto de cama o desabillé sale y va a abrir la puerta.)*

DONCELLA. Usted perdone, señorita Eugenia; ¿la he despertado a usted?

EUGENIA. No, no dormía. ¿Qué ocurre?

DONCELLA. El señorito Isidoro desea ver a usted.

EUGENIA. Que pase en seguida. Eso es que le ha ocurrido algo a mi hermano... Venir así a estas horas... ¡Dios mío!...

DONCELLA. No se asuste usted, señorita. Voy corriendo. *(Sale la Doncella. Eugenia se dirige a la puerta y espera con ansiedad a Isidoro. Entra Isidoro.)*

ISIDORO. Hola, Eugenia. Perdona...

EUGENIA. ¿Qué ocurre? Es a Manolo, ¿verdad? ¿Qué le sucede?

ISIDORO. No te asustes; vas a saberlo todo; no le ocurre nada; verás...

EUGENIA. Dímelo todo por malo que sea. Si anoche mismo hablábamos de él y todos temíamos que algo le hubiera sucedido. Anoche jugó, ¿verdad?

ISIDORO. Sí, hoy tenía que pagar una cantidad; le amenazaban con un escándalo si no pagaba; jugó por ver si conseguía ganar ese dinero que necesitaba, y al mismo tiempo podía restituir lo que había pedido para jugar.

EUGENIA. ¿Que había pedido dinero?... ¿A quién?

ISIDORO. Verás, fué una locura; por la tarde estuvimos en casa de Enrique...

EUGENIA. ¿Ha sido a Enrique a quien ha pedido dinero?

ISIDORO. Peor, Enrique había dejado en un secreter una cantidad, el secreter estaba abierto...

EUGENIA. ¿Eh?... ¿Y mi hermano?...

ISIDORO. Sí.

EUGENIA. ¡No, no es verdad; eso es una infamia de Enrique!... ¿Quién lo ha visto?... ¿Qué pruebas hay de que es verdad?

ISIDORO. Soy el primero en lamentarlo, Eugenia; por desgracia, es verdad; todo le acusa: le siguieron, le vieron cambiar parte del dinero, hubo quien recogió el sobre que lo contenía... No es posible dudar.

EUGENIA. ¡Dios mío!... ¡Madre mía!...

ISIDORO. ¡Sí, es horrible; pero más horrible sería!...

EUGENIA. ¿Qué?...

ISIDORO. Es capaz de matarse.

EUGENIA. ¡Eso no, eso nunca! ¿Dónde está?... Vamos, sí, vamos...

ISIDORO. Le he hecho jurar que me esperaría. Es que no sabes: al rechazar la acusación de Enrique le insultó gravemente, y Enrique ya no quiso oír más y está decidido a todo; denunciará la falta de ese dinero; por lo menos se lo dirá a todo el mundo; será el escándalo, la vergüenza para todos.

EUGENIA. ¡No puedo creerlo!... ¡No puedo creerlo!...

ISIDORO. Tampoco yo hubiera querido creerlo; pero él mismo me lo ha confesado. Ahora lo que importa es salvarle, convencer a Enrique; yo no podría; llevado de mi amistad por Manolo, yo también he ofendido a Enrique; no me recibiría en su casa; por eso no he dudado en venir a decírtelo todo; si tú le escribieras a Enrique... Si tú le pidieras...

EUGENIA. ¿Tú le crees capaz?...

ISIDORO. Ahora sí; ahora le creo capaz de ensañarse sin compasión con tu hermano; sólo tú podrías conseguir que perdonara. Escríbele.

EUGENIA. No, escribir, no. Iré yo misma.

ISIDORO. No me atrevía a decírtelo; si tú vas, perdonará de seguro. Iré contigo.

EUGENIA. No, iré yo sola.

ISIDORO. Pero yo te acompaño. A la puerta tengo mi cochecillo.

EUGENIA. No. Delante de la Mairie hay siempre taxis; tomaré uno; llamará menos la atención. Voy a vestirme. Tú vete con Manolo; ¡no le dejes, por Dios, no le dejes!

ISIDORO. Descuida. ¿Dónde nos vemos después de la entrevista?

EUGENIA. Yo iré a la pensión. Si ahora al salir te pregunta alguien de la casa, di que Manolo está enfermo, que has venido a avisarme. *(Viendo entrar a Guillermina.)* ¡Ah, Guillermina!

GUILLERM.ª ¿Qué ocurre? Me dijo Filomena que había venido Isidoro. Hola, Isidoro. ¿Qué sucede?

EUGENIA. Mi hermano Manolo que se ha puesto muy malo; Isidoro ha venido a avisarme. Voy a echarme un vestido y voy corriendo. *(Se oculta detrás del biombo.)*

GUILLERM.ª ¿Qué le pasa a Manolo?

ISIDORO. ¿Qué sé yo? ¡Nos ha dado un susto!... Un colapso, algo nervioso...

GUILLERM.ª ¿Quieres que yo vaya contigo? ¿Quieres que avise a algún médico?

ISIDORO. No, ya le han visto, ya le han recetado un calmante;

cuando yo le dejé había pasado el peligro; pero está muy asustado, llorando como un chiquillo. Quería ver a su hermana; por eso vine en seguida, a riesgo de asustarla como la he asustado. ¡Pobre Eugenia!

GUILLERM.ª *(Bajo a Isidoro.)* De verdad, ¿qué le ocurre a Manolo?

ISIDORO. ¡Chiss!... Luego...

GUILLERM.ª ¡Pobre Eugenia!

EUGENIA. *(Saliendo a medio vestir.)* Vamos, Isidoro, vamos.

GUILLERM.ª ¿Te has asustado mucho? ¡Estás muy pálida; da miedo verte!

EUGENIA. No, no es nada. Vamos, Isidoro.

GUILLERM.ª ¿Vas tú con ella, verdad?

ISIDORO. Sí, descuida.

GUILLERM.ª Mis padres no se han levantado todavía; ¿quieres que les avise, que les diga algo?

EUGENIA. ¡No, no les digas nada, que no sepan..., es mejor! ¡Dame un beso y tenme mucha lástima!

GUILLERM.ª ¡Pobre Eugenia mía!

EUGENIA. Vamos, vamos. *(Salen Eugenia e Isidoro.) (Telón.)*

MUTACIÓN

CUADRO DÉCIMO

El despachito de Enrique Garcimora, lo mismo que en el cuadro séptimo.

Un CRIADO. Después entra DAMIÁN.

DAMIÁN. Que pase esa señorita. *(Sale el Criado, y a poco entra Eugenia.)* Tome usted asiento. El señor, que perdone usted un momento; saldrá en seguida.

EUGENIA. Esperaré. *(Sale Damián. Eugenia se sienta en primer término, muy abatida. Se hace el obscuro, sale el Ladrón de Sueños y con la luz que lleva en la mano ilumina el rostro de Eugenia, que va diciendo.)* «Era una reina joven y hermosa; un terrible

pirata había logrado hacerse dueño del mar sobre las costas de su reino; la reina aprestó sus galeras para darle caza; ella misma quiso mandar una de ellas. La reina fué pronto su cautiva, cautiva del pirata, que era, en verdad, lo que ella había querido, porque en el fondo obscuro de su corazón, donde se ocultan los deseos inconfesables a nosotros mismos, la reina amaba al pirata con toda su alma.» *(Telón.)*

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

CUADRO PRIMERO

Una salita en casa de los Marqueses de Valladares. Es de noche. Hay fiesta. Música dentro.

ESCENA I

GUILLERMINA, MARÍA ANTONIA, MARQUESA DE VALLADARES y CONDESA DEL ENCINAR.

CONDESA. ¿Cómo no ha venido Eugenia esta noche? Es la primera vez que no la veo en vuestra casa en una noche como ésta.

M.ª ANT. Eso mismo le preguntaba yo a Guillermina; dice que apenas la ha visto desde que ha vuelto a Madrid.

MARQUESA. Si vieras que yo prefiero no saber nada; oye una tantas cosas.

CONDESA. Sí, yo también he oído... Claro es que no puedo creerlo.

MARQUESA. No puede creerse; pero es tan raro todo. Ya sabes que, como siempre, pasaba el verano con nosotros, en nuestra casa.

CONDESA. Ya sé; allí fué la última vez que la vimos.

MARQUESA. De la noche a la mañana se escapó, no puede decirse de otra manera, sin querer esperar a que nosotros regresáramos; se vino a Madrid, y desde entonces, en lo que va de invierno, sólo la hemos visto dos o tres veces, y eso porque Guillermina ha ido a buscarla.

Con nosotros no ha tenido ningún disgusto, no puede tener queja de nosotros. Vosotros sabéis lo que Eugenia ha sido siempre para nosotros.

CONDESA. Por Dios, todo el mundo lo sabe.

MARQUESA. No es que no pueda presentarse en sociedad; porque no es porque nosotros lo digamos, pero todo el mundo sabe que Guillermina le regala sus mejores vestidos, algunos casi sin estrenar. Está muy rara esa muchacha.

CONDESA. Siempre ha sido muy especial. Nosotros también, al principio de su desgracia, procuramos atenderles en lo posible; pero nunca fueron muy agradecidos ni ella ni su hermano, y, la verdad, ya tiene una bastantes atenciones.

M.ª ANT. ¿Qué dice su hermano? Porque ése sí ha venido.

MARQUESA. Sí, ha venido sin que se le invitara.

GUILLERM.ª Qué cosas tienes, mamá; Manolo es de casa.

MARQUESA. Yo ni siquiera le he preguntado por su hermana; no he querido ponerle en el caso de disculparla con una mentira. ¿Tú le has preguntado algo?

GUILLERM.ª Sí, pero no necesitaba preguntarle; Eugenia está muy disgustada por su hermano; la da muchos disgustos. Este verano, yo no creo que fuera todo verdad; pero dijeron cosas horribles: Eugenia tuvo que ir a suplicar a Enrique Garcimora para que salvara a su hermano.

CONDESA. Y Enrique fué tan generoso que perdonó y pagó deudas y dió todavía algún dinero; todo el mundo l sabe, y, naturalmente, cada uno lo explica a su mod y todo ello no favorece a Eugenia en nada.

MARQUESA. ¿A ti te han dicho?...

CONDESA. ¡Figúrate! Yo no he querido creerlo; pero tú lo ha brás oído como yo, como todo el mundo.

GUILLERM.ª No, eso que dicen no puede ser verdad; eso no; y pondría las manos en el fuego por Eugenia. Yo qui ro mucho a Eugenia.

M.ª ANT. Ella habrá pensado que Enrique se casaría con ell porque él estaba muy encaprichado; lo vimos tod

GUILLERM.ª Y se hubiera casado; pero con su hermano...

CONDESA. Enrique tiene otras aspiraciones; de Eugenia pensará que sólo le aceptaba por su dinero, y por su dinero, él, que es un poco fatuo, antes que casarse lo habrá creído todo posible.

GUILLERM.ª Pero yo no creo que Enrique...

CONDESA. Pues, hija, lo que ve todo el mundo es que ahora ni ella ni su hermano pasan apuros, y yo no sé lo que vosotros haréis todavía por ellos; pero de otras muchas personas yo sé que han dejado de protegerles, y ellos no tienen más que el día y la noche, como suele decirse, y todos sabemos lo que cuesta vivir.

GUILLERM.ª Eugenia, la pobre, vive como siempre; no es para pensar mal; y Manolo todos le conocemos: ése tiene la culpa de todo.

MARQUESA. La verdad es que Eugenia hace muy mal en huir de la gente, como parece que huye. ¿Por qué no viene a nuestra casa como antes? ¿Por qué no ha venido esta noche? Debió pensar que todo el mundo había de comentarlo, y los comentarios no han de favorecerla.

CONDESA. Naturalmente. Cuidado que nadie la ha defendido como yo; pero no va una a pelearse con todo el mundo por defenderla. Ya sabe ella que yo la he querido siempre.

Mª ANT. *(A Guillermina.)* Tú que conoces bien a Eugenia, ¿tú crees posible que sea verdad lo que dicen?

GUILLERM.ª Yo no sé. Pero si Eugenia no perdería nada casándose con Enrique, no sé tampoco qué perdería Enrique casándose con ella. ¿Qué necesidad tenían de dar una campanada?

MARQUESA. No, si yo no digo que todo no acabe en boda, porque Enrique tampoco quedaría muy bien conceptuado de otra manera; pero, en su vanidad de nuevo rico, ¿quién le quita la satisfacción de haber comprometido a una muchacha de nuestra clase, aunque no sea más que para humillarnos a todos los que hemos tenido la condescendencia de admitirle en nuestra

sociedad como a uno de los nuestros? Nos está mu
bien empleado.

ESCENA II

DICHAS, y el MARQUÉS DE VALLADARES.

MARQUÉS. ¿Te parece que es buena hora de pasar al comedo

MARQUESA. En seguida. Hablábamos de Eugenia y Enrique.

MARQUÉS. Yo no quiero hablar, no quiero hablar. Por ahí an el fresco de su hermano; apenas si le he saluda ¡Pero ese muchacho!... ¡Qué inconsciencia!... ¿No brá?... ¿No habrá oído?... No, pues esta noche ya h brá advertido los desaires de todo el mundo.

MARQUESA. Bastante le importa. Debiera haber empezado p no presentarse en nuestra casa sin su hermana.

MARQUÉS. Para colmo, no se separa de Enrique en toda la n che, sabiendo todos lo que sabemos.

CONDESA. ¿Entonces tú lo crees?... ¿Crees también lo que d todo el mundo?... Yo que te he conceptuado siem como la persona más ecuánime de nuestra socied y sólo tenía la esperanza de que tú no lo creye para no creerlo yo tampoco, porque para mí tu o nión pesa más que la de todo el mundo. Ahora no tendré más remedio que pensar mal como tod mundo. ¡Es horrible!

MARQUÉS. Mira, Carolina, yo te agradezco el favorable c cepto de mi persona; pero esas frases, que en boca adquieren un valor apocalíptico: «Todo mundo lo dice... Todo el mundo lo sabe...» Tod mundo significa muy poco, porque el mundo muy grande para que todo el mundo sienta ni lo que aun en este Madrid, que ya es una pequ parte del mundo, sólo le importa a otra pequeñís parte, que somos nosotros, y si fuéramos a ver, t poco nos importa gran cosa.

CONDESA. Si tú no le das ninguna importancia.

MARQUÉS. Sí, le doy la que debe dársele. Me disgusta que Eugenia dé ocasión a murmuraciones de ese género; pero después de todo, a poco que Enrique lo piense comprenderá que a él le conviene menos que a nadie que por él se murmure de una muchacha como Eugenia.

CONDESA. ¿Entonces tú crees también que todo acabará en boda?

MARQUÉS. ¿Quién lo duda?... ¿Qué razón hay para que Enrique, aunque fuera verdad lo que la gente ya supone, se niegue a reparar una ligereza?

MARQUESA. Lo mismo le decía yo a Carolina. De todos modos es muy lamentable que Eugenia tenga que aceptar como reparación un matrimonio con quien, por su origen, por su educación, por todo menos por su dinero, es muy inferior a ella.

MARQUÉS. ¡No has dicho nada!... Por su dinero...

CONDESA. Tienes razón; pero es que no sabemos si de otro modo... Yo no quiero creerlo, no quiero pensar que Eugenia haya calculado que no exponía nada al arriesgarlo todo, porque en el peor caso contaba siempre con nosotros para hacer comprender a Enrique su obligación de caballero, porque yo no puedo creer que Enrique haya puesto un precio indigno de un caballero al favor de salvar al hermano de Eugenia... ¡Sería horrible! *(Mirando a las chicas.)* ¿Nos habrán oído?

[M]ARQUÉS. No te preocupes; estarán hablando de lo mismo con mayor claridad y más atrevimiento. ¿Vamos al comedor?

[M]ARQUESA. Cuando quieras. *(A María Antonia y Guillermina).* ¿Estáis cansadas de bailar?

[G]UILLERM.ª No, es que sabíamos que Manolo nos buscaba, y yo no quería bailar con él.

[M].ª ANT. Yo tampoco.

[G]UILLERM.ª Y nos refugiamos aquí. Yo pienso ir a casa de Eugenia mañana mismo, quiero hablar con ella. ¿Me dais permiso?

MARQUESA. No sé qué vas a decirle. Esta hija mía es de un candor...

GUILLERM.ª Conformes, siempre que no situéis el candor en una higuera.

MARQUESA. ¡Guillermina!...

GUILLERM.ª Porque si creéis que no estoy enterada de todo aunque habléis con medias palabras... Yo sé bien l que se dice de la pobre Eugenia, y aunque fuer verdad, hay que evitarlo. Pero lo que yo quiero e saber la verdad, y yo sé que ella me dirá la verdad toda la verdad, sea la que sea. Manolo viene; vámo nos antes. *(Salen Guillermina y María Antonia.)*

MARQUESA. ¿Qué te parece, Carolina?

CONDESA. Que me dan una envidia estas muchachas de ahora. Dicen todo lo que piensan con la mayor libertad.

MARQUÉS. Y menos mal cuando se contentan con decirlo; per no son peores por eso, porque en nuestros tiempos.. vosotras bien está que no queráis acordaros, per nosotros sí nos acordamos.

MARQUESA. ¡Por Dios! ¡Cualquiera que os oiga!

ESCENA III

DICHOS, MANOLO, ENRIQUE y RICARDO.

MANOLO. ¿No estaban aquí Guillermina y María Antonia?

MARQUÉS. Sí, aquí estaban cansadas de bailar. *(Salen el Ma qués, la Marquesa de Valladares y la Marquesa d Encinar.)*

ESCENA IV

ENRIQUE, MANOLO y RICARDO.

MANOLO. ¿Os quedáis todavía?

RICARDO. Como Enrique diga.

ENRIQUE. Por mí...

MANOLO. Yo me marcho. Ya habréis observado cómo está la gente esta noche con nosotros.

ENRIQUE. ¿Conmigo?

MANOLO. Es verdad; es que no me he separado de ti; era por mí entonces. Tú sabrás...

ENRIQUE. No me mires así, porque no entiendo lo que quieres decirme. Por mí nadie ha sabido nada; de Ricardo tampoco creo que supongas...

MANOLO. No, ya lo sé. No era preciso que nadie lo dijera: lo sabían. No he debido venir a Madrid. ¡Si no hubiera sido por mi hermana!... Y si ella quisiera nos iríamos los dos lejos, muy lejos, ahora que gracias a ti puedo irme sin que parezca que huyo, sin temor a que nadie pudiera impedirlo; empezar otra vida... ¿Cómo voy a pedirte más de lo que has hecho?... ¿Cómo voy a pedir que tengas confianza en mí para nada?... Pero si tú pudieras emplearme en tus empresas, en tus negocios; ¡yo te juro...! ¿Por qué te lo juraría yo?...

ENRIQUE. No es preciso, Manolo; no es preciso.

MANOLO. ¡Soy otro hombre! Sería el ser más despreciable si no fuera capaz de sentir toda la vergüenza de lo que hice; ¡y cien veces me hubiera matado si no me hubiera sentido capaz de regenerarme.

ENRIQUE. Vamos, Manolo; no vamos ahora a dramatizar, ni es el lugar, ni es el momento.

MANOLO. ¿Es que no creéis en mí, verdad?... ¡No, no creéis; no cree nadie; mi hermana tampoco!... ¡Ese es mi mayor castigo!... ¡Por mí!... ¡Por mí!... ¿Verdad?

ENRIQUE. ¿Qué quieres decirme?

MANOLO. ¡Nada, es verdad!... ¡Estoy loco!... ¿Qué derecho tengo yo a pedirte explicaciones de nada?... ¡Cuentas, menos!... Hasta mañana. No os digo que me despidáis de nadie porque sé que nadie preguntará por mí. *(Sale.)*

ESCENA V

ENRIQUE y RICARDO.

ENRIQUE. ¡Explicaciones!... ¡Cuentas!... ¿Qué ha querido decir?

RICARDO. No, no se refería a lo que tú supones, a lo que tú temes. Él sólo piensa que tú querías a su hermana; que tal vez por su conducta has dejado de pensar en ella. Otra cosa, no; estoy seguro. Él nada sabe; nadie le ha podido decir...

ENRIQUE. ¿Decir? ¿Qué? ¿Qué podrían decirle?

RICARDO. ¡Enrique...!

ENRIQUE. Te suplico que no insistas. No sé cómo voy a decirte...

RICARDO. Que tú no puedes decir nada ni a mí, a tu mejor amigo, lo sé: es tu obligación, tu deber de caballero; pero debieras comprender que en mí no es exceso de curiosidad; es que acaso yo pudiera aconsejarte, prevenir con tiempo lo que preveo que te verás obligado a hacer por fin.

ENRIQUE. Casarme con Eugenia, ¿no es eso?

RICARDO. Es lo que más te conviene, tenga la gente o no tenga razón; todo antes que nadie pueda suponer de ti que si salvaste a su hermano de ir a presidio fué a cambio del precio...

ENRIQUE. Supongo que tú no me habrás creído nunca capaz de semejante villanía.

RICARDO. No lo creo; pero entonces..., ¿qué ha sucedido? Porque Eugenia ha sido tuya, es inútil que me lo niegues; tu temor al interpretar las palabras de su hermano ahora mismo; tus caballerosas negativas con más silencios que palabras; porque sabes bien que las palabras nunca tendrán el valor que sólo da la verdad a nuestras palabras... ¡Sí, Enrique, sí, y no soy yo sólo quien lo supone, quien lo cree; lo dicen todos; lo aseguran todos... ¿Quieres un consejo leal? Apresúrate a pedir la mano de Eugenia.

ENRIQUE. Sí, caeré sin defensa en una habilísima trama.

RICARDO. Tal vez no. ¿Por qué no ha de quererte Eugenia? Quizás eso que tú juzgas habilidad sólo haya sido llevada del temor a perderte; pero no hay razón para que ella no se case contigo enamorada, aparte de la conveniencia; pero ¿en qué acción humana hallaremos nunca el perfecto desinterés?

ENRIQUE. Es que si tú supieras... ¡No, no debo hablar, no puedo hablar!... ¡Es que te espantarías si supieras!...

RICARDO. ¿La facilidad de la caída?

ENRIQUE. Eso.

RICARDO. Razón de más para no creer que hubiera habilidad; comprende que era exponer demasiado.

ENRIQUE. Ya sabía ella que nada exponía; que estaban todos los suyos para obligarme, porque de otro modo yo sería para todos el más vulgar traidor de melodrama; he salvado a su hermano, he pagado deudas, le he amparado con mi amistad, de las más infamantes sospechas; pero todo a costa de otra deshonra mayor, la de la mujer que había de resignarse a todo por salvar su hermano. ¡Eso creerían todos, eso se diría, y el más deshonrado sería yo! ¡Qué voy a hacer!... Esta misma noche anunciaré a los marqueses mi resolución de casarme con Eugenia. ¿Está bien?

RICARDO. Es lo mejor que puedes hacer. Te felicito. Y no pienses demasiado mal de Eugenia. ¿Quién sabe?... ¿Quién sabe nunca con las mujeres?...

ENRIQUE. ¡Quién sabe!

RICARDO. Supongamos lo peor: que ni ella te quiere ni tú puedes ya quererla; con mucho dinero y sin cariño no hay infelicidad posible en el matrimonio.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Gabinete modestísimo en casa de Eugenia y Manolo.

ESCENA I

EUGENIA y MANOLO.

EUGENIA. ¿Mucha gente?...
MANOLO. Sí, ya sabes. Guillermina me preguntó por ti.
EUGENIA. Guillermina me quiere; es muy buena. *(Pausa.)*
MANOLO. ¿Te importaría que nos marcháramos de Madrid los dos?
EUGENIA. No deseo otra cosa; pero ¿cómo viviremos?...
MANOLO. Yo buscaré, yo trabajaré.
EUGENIA. También yo, también yo quiero trabajar.
MANOLO. ¡Pensar que yo tengo la culpa de todo!... Enrique se hubiera casado contigo.
EUGENIA. ¡Quién piensa en eso!...
MANOLO. Tú le querías.
EUGENIA. ¡Qué importa, si él no hubiera creído nunca que yo le quería!...
MANOLO. ¿Por qué no habrá de creerlo?
EUGENIA. Lo sé, estoy segura... ¡Si me hubiera querido!... ¡No, no!...
GUILLERM.[a] *(Dentro.)* ¡Eugenia!... ¡Eugenia!...
EUGENIA. ¡Ah, Guillermina!...

ESCENA II

DICHOS y GUILLERMINA.

EUGENIA. ¿Vienes sola?
GUILLERM.[a] Sí, yo sola, y muy contenta. Tenemos mucho que hablar; traigo muy buenas noticias. ¡Qué alegría!...
EUGENIA. ¿Buenas noticias?...

GUILLERM.ª Sí, sí, ya verás. Estoy contentísima. ¿Quieres dejarnos solas, Manolo? Tengo que decirle a tu hermana tantas cosas... Delante de ti no me atrevería.

MANOLO. Te veo tan contenta; como sé cuánto quieres a mi hermana me voy tranquilo y contento también. ¡Gracias, Guillermina!... ¡Por Eugenia y por mí: gracias!... *(Sale.)*

ESCENA III

EUGENIA y GUILLERMINA.

GUILLERM.ª ¡Qué alegría, Eugenia, qué alegría!... ¿No sabes?... Anoche Enrique dijo a mis padres que estaba dispuesto a pedir tu mano.

EUGENIA. ¿Eh?...

GUILLERM.ª ¡Sí, sí!... ¡Si no podía ser otra cosa; si él te quiere; si te ha querido siempre, y ahora él sabe muy bien, tú también lo sabrás... ¡La gente es muy mala!... Por culpa de tu hermano tuviste que suplicar a Enrique; ha habido gente capaz de suponer que él había puesto precio, un precio indigno a su generosidad... Ya ves qué infamia... Yo sabía que eso no era posible, ni por él ni por ti; por ti, menos.

EUGENIA. No..., Enrique no...

GUILLERM.ª Había gente capaz de suponer que tú eras su amante, que podías serlo; ahora se convencerá todo el mundo: serás su mujer y serás muy dichosa.

EUGENIA. ¿Lo crees?... Lo que no creerás nunca es lo que voy a decirte, lo que no podrás explicarte nunca: Que yo he sido de Enrique... Sí, he podido ser su amante; podía creerse con derecho a serlo.

GUILLERM.ª ¡Eugenia!... ¡Me asustas!... ¡No es verdad, no es verdad!...

EUGENIA. Sí, es verdad. Y he sido yo, he sido yo, no puedo culparle... El nada exigía; he sido yo la que se ha ofrecido como una mujer fácil, como una mujer cual-

quiera; en ninguna de esas mujeres que él habrá conseguido con su dinero habrá hallado más fácil conquista. Lo que él no sabrá nunca es cómo pudo ser; cómo el orgullo puede llevar a la humillación; porque ese fué mi orgullo. Yo le quería, le quería con toda mi alma, y sabía que él no podía creer en mi cariño, y mi orgullo era que él creyera sin exigirle nada. Al salvar a mi hermano yo adivinaba en él la satisfacción orgullosa de sentirse superior a mí, a nosotros; estaba a merced suya, y él era tan generoso que salvaba el honor de nuestro nombre; sólo el orgullo de mi humillación podía humillar su orgullo; era preciso pagar, pagar con lo que más valía... ¿Me miras espantada?... Mi orgullo es que yo sola me comprendo, y mi orgullo mayor, porque no podré ocultar la verdad: que he pagado con la vergüenza de toda mi vida.

GUILLERM.ª ¿Qué dices?... Entonces, ¿si Enrique no se hubiera casado contigo?...

EUGENIA. Sí, la deshonra, la vergüenza; pero no me arrepentiré nunca. Mi única tristeza es que él nunca comprenderá cómo le he querido, aunque yo sola sé de lo que soy capaz para que lo comprenda.

GUILLERM.ª ¿De qué has de ser capaz?... De ser muy dichosa con él, de ser los dos muy felices.

EUGENIA. Sí, sí. ¿Dices que ha hablado con tus padres?...

GUILLERM.ª Sí, él sabe que nosotros somos vuestros mejores amigos, y ha querido que fuéramos los primeros en saberlo. Esta tarde vendrás a casa, ¿verdad?, y allí, delante de mis padres, de todos... ¿No estás contenta?... Debías estarlo... ¿Ves cómo yo tenía razón?... Yo lo creí siempre; tenía una fe ciega en el cariño de Enrique. *(Entra una Criada.)*

CRIADA. Con permiso de la señorita.

EUGENIA. ¿Qué es?...

CRIADA. *(Dándole una tarjeta.)* Este caballero que si puede recibirle la señorita.

EUGENIA. ¡Enrique!... No, no, diga usted...

GUILLERM.ª Diga usted que pase; yo hablaré con él. Comprendo que tú no quieras verle ahora. *(A la Criada.)* Que pase. *(Sale la Criada.)* Vamos, Eugenia; ya no hay por qué llorar. *(Sale Eugenia.)*

ESCENA IV

GUILLERMINA y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Guillermina!

GUILLERM.ª Perdone usted; Eugenia está muy emocionada; no ha tenido valor para recibirle a usted. Esta tarde vendrán a nuestra casa; también usted, ¿verdad?

ENRIQUE. Sí.

GUILLERM.ª Hasta luego entonces.

ENRIQUE. Hasta luego, Guillermina, y muchas gracias. *(Sale Enrique. Entra Eugenia y se arroja llorando en brazos de Guillermina).*

CUADRO TERCERO

La misma salita del primer cuadro. Es de día.

ESCENA I

La MARQUESA DE VALLADARES, el MARQUÉS DE VALLADARES, EUGENIA, GUILLERMINA, ENRIQUE y MANOLO, todos sentados menos Enrique.

ENRIQUE. Y por mi parte no tengo más que decir a ustedes, a Eugenia.

MARQUÉS. Está bien, Enrique, está bien. No dude usted que nuestra satisfacción es inmensa; Eugenia es como una hija para nosotros. *(Abrazándola.)* Eugenia.

MARQUESA. *(Abrazándola también.)* Hija mía.

MANOLO. *(A Enrique dándole la mano.)* Enrique, hermano mío.

EUGENIA. ¿Y si yo no aceptara?... (*Movimiento de sorpresa en todos.*) No, no acepto.

MANOLO. ¿Qué dices?

MARQUESA. ¿Estás loca?

MARQUÉS. ¡Eugenia!

GUILLERM.ª ¡No, no es posible!

(*Todo esto casi al mismo tiempo.*)

EUGENIA. Ya lo he dicho: no acepto, no, mil veces no.

ENRIQUE. ¿Por qué, Eugenia, por qué?... ¿Es que no me quiere usted?... ¿Que no puede usted quererme?...

EUGENIA. Ya no.

ENRIQUE. No creo que tenga usted que culparme de nada. No haga usted que nadie pueda creer de mí lo que usted sabe que no es verdad.

EUGENIA. Sí, ya lo sé; no puedo culparle a usted de nada porque en su voluntad de usted no hubo culpa, y el corazón no es nunca culpable, y sólo con el corazón podía usted haber adivinado...; sólo su corazón podía haberle dicho que tal vez no hay en nuestra vida más que un instante en que dos corazones pueden comprenderse, y si ese instante se pierde en nuestro corazón ya no es posible encontrarse nunca. Si yo aceptara su ofrecimiento nunca creería usted la verdad; dudaría usted siempre, siempre; creería usted que todo fué hábil comedia bien representada, un riesgo fácil en que yo no arriesgaba nada porque estaba segura de que el final sería esto: un matrimonio ventajoso.

ENRIQUE. No, Eugenia, no... No puedo creerlo.

EUGENIA. No podrá usted creerlo nunca; pero sólo así no podrá usted creerlo. La verdad sólo tiene un camino: el sacrificio, la verdad que nos mostró Dios en la cruz.

ENRIQUE. No, Eugenia, no puede ser; usted sabe que no puede ser, que hay algo sagrado entre nosotros que no tiene usted derecho a sacrificar, aunque nuestro cariño no fuera verdad, aunque yo no creyera en usted y usted hubiera llegado a odiarme.

EUGENIA. Mi hijo, ¿verdad? El que ha de nacer de mí y será

tan mío, tan mío, que sólo de él y de Dios acepta mi conciencia mi absolución o mi castigo, de nadie más. Callen ustedes, es inútil, no hay palabras que me convenzan; cuanto más tardara en convencerme para acceder después, más pensaría usted que todo era mentira, y yo quiero que no pueda usted dudar nunca, que sepa usted siempre que le he querido con toda mi alma, y que por quererle tanto, antes que a dudar siempre, le condeno a la verdad.

ENRIQUE. ¿Aunque esa verdad sea mi remordimiento para siempre?

EUGENIA. Eso sí, para siempre, para siempre; así quiero que sea. No podrá usted dudar nunca de mí. No hay nada que pueda destruir una verdad; pero si es de amor esa verdad, ¿no valdrá más que todo en nuestra vida?

ENRIQUE. ¡Eugenia, no, no; no es posible, no es posible!...

EUGENIA. Déjeme usted..., déjenme todos... ¡Para siempre, para siempre!... *(Sale del brazo de su hermano.)*

TELÓN

CUADRO EPÍLOGO

Jardín de un hotel de viajeros.

ESCENA I

FANNY y ENRIQUE, sentados en una mesa, toman café, y un Camarero cerca.

ENRIQUE. Hemos merendado muy bien.

FANNY. Está muy bien este hotelito; nunca se nos había ocurrido pararnos aquí.

CAMARERO. Pues paran aquí muchos autos; en verano está esto muy concurrido, y desde que el hotel cambió de dueño es otra cosa; había caído mucho.

ENRIQUE. ¿El dueño vive aquí?

CAMARERO. No, señor; aquí está el encargado, un amigo del dueño, que, lo que es el mundo, es un joven de la aristocracia.

ENRIQUE. ¿Sí? ¿Cómo se llama?

CAMARERO. Don Manuel, y se apellida..., deje usted, aquí se apellida de otro modo; pero yo tengo oído, por gente que viene aquí y le conoce, que el título, porque es de título, es algo así..., deje usted..., de Castro...

ENRIQUE. ¿Castrojeriz?

CAMARERO. Ya: Manolo Castrojeriz.

FANNY. ¿Le conoces?

ENRIQUE. Sí, mucho.

CAMARERO. Pues ése es el encargado. Vive aquí con su hermana.

ENRIQUE. ¿Sí?

CAMARERO. Muy buena señora y muy trabajadora; ella, más que nadie, es la que tiene todo a su cargo; no perdona falta; pero tiene un modo de decir las cosas que no puede uno disgustarse. Se ve que es persona de clase, porque la mujer del dueño de antes, no quiera usted saber, dicen que había sido cocinera y no había quien la aguantara. *(Se oye la voz de Eugenia dentro.)*

EUGENIA. No pises las flores.

CAMARERO. Esa es doña Eugenia, con el niño, su hijo.

FANNY. ¿Es casada?

CAMARERO. Viuda muy joven, quedó viuda muy joven. También dicen... Vaya usted a saber; como aquí viene tanta gente, qué no oirá uno.

ENRIQUE. ¿Sabe usted si ha merendado ya el mecánico?

CAMARERO. Iré a ver. ¿Se marchan ustedes? Esto ahora es cuando empieza a estar bueno, a la caída de la tarde.

ENRIQUE. Sí, pero vamos muy lejos.

CAMARERO. Ya.

ENRIQUE. La cuentecita, si me hace el favor.

CAMARERO. Voy a ver cuánto importa lo del mecánico.

ENRIQUE. Dígale usted que prepare el coche. *(Sale el Camarero.)*

FANNY. Sí que parece todo muy cuidadito el jardín; bonitas flores, ¿vamos a verlas?

ENRIQUE. Deja, sentiría encontrarme...

FANNY. ¿Con el encargado?

ENRIQUE. Sí, no puede hacerle gracia encontrarse con amigos que les conocieron en otra posición.

FANNY. ¿Los conocías mucho?

ENRIQUE. Sí, de Madrid; después, claro, con mis viajes dejé de verlos; no sabía lo que había sido de ellos. *(Entra el Camarero.)*

CAMARERO. Aquí tiene usted, señor. *(Dándole la cuenta. Enrique saca dinero y paga.)* Voy por la vuelta.

ENRIQUE. Está bien.

CAMARERO. Muchísimas gracias. *(Ha entrado un niño pequeño con un ramo de flores.)* El niño de la señorita que trae unas flores para la señora: es su costumbre.

ANNY. Es muy guapo.

IÑO. De parte de mi mamá.

ANNY. Muchas gracias a tu mamá y a ti. ¡Qué amable!... ¿Me das un beso?... ¿Cómo te llamas?

IÑO. Jesusito.

AMARERO. Van ustedes a oír. Vamos a ver: diles a estos señores lo que eres tú.

IÑO. Soy el niño Jesús de mi mamá.

ANNY. Qué rico. *(Besándole.)*

NRIQUE. ¿Qué juguetes te gustan más?

AMARERO. Tiene de todo; no crean ustedes: su tío le compra muchos juguetes; siempre que va a Madrid le trae sin fin de cosas.

RIQUE. ¿Te gustaría un auto de verdad, un auto muy pequeño para manejarlo tú y pasear por aquí?

ÑO. ¿Un auto de verdad..., de verdad?

RIQUE. Pues dentro de unos días van a traerte uno.

MARERO. Mire el señor que va a creérselo y no va a haber quien le aguante pensando en el auto.

RIQUE. Es que vendrá de verdad.

MARERO. ¿Tú oyes esto?

RIQUE. ¿Había merendado ya el mecánico?

Camarero. Sí, ya está junto al coche.

Enrique. Pues vamos.

Fanny. Adiós, hermoso; da muchas gracias a tu mamá po sus flores.

Niño. ¿Cuándo traerán el auto?

Enrique. Muy pronto..., muy pronto.

Fanny. Ya volveremos alguna vez a verte. Adiós, adiós.

Camarero. Muy buenas tardes; que los señores sigan bien. Dal las buenas tardes.

Niño. Muy buenas tardes tengan ustedes.

Fanny. Adiós, adiós. *(Salen Enrique y Fanny. El niño va corriendo en dirección contraria. La escena que sola un momento, al cabo del cual entra Eugenia c el niño de la mano.)*

Niño. Ese señor que estaba aquí, que le di las flores a señora que estaba con él, me ha dicho que me iba traer un auto de verdad, un auto pequeñito para r para andar por aquí, para montarme yo. ¿No se mentira? Dime, mamá..., mamá.

Eugenia. No, hijo mío, será verdad. *(Entra Manolo.)*

Niño. ¿Quién es ese señor y por qué va a regalarme a un auto?

Eugenia. Porque sabe que vas a ser muy bueno, y por eso.

Niño. Pero no es un rey mago, ¿verdad?... ¿Verdad, man

Eugenia. Calla, hijo.

Manolo. ¿Le has visto?

Eugenia. Sí.

Manolo. Es su mujer; yo le había visto con ella en Mad también tiene mucho dinero. ¿En qué piensas?... ¿ has puesto triste?...

Eugenia. No, ¿por qué?

Manolo. Y él vivirá tan feliz.

Eugenia. Eso no, estoy segura; eso no; soy yo mucho más liz. *(Abrazándose a su hijo.)* ¿No es verdad, hijo n ¡Más feliz!...

FIN DE LA OBRA

CATALOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.

La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en d actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.

La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en un prólogo y tres cuadros. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en un prólogo y tres actos.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.
Un par de botas, comedia en un acto.
La otra honra, comedia en tres actos.
La virtud sospechosa, comedia en tres actos.
Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.
Alfilerazos, comedia en tres actos.
Los nuevos yernos, comedia en tres actos.

La mariposa que voló sobre el mar, comedia en tres actos.

El hijo de Polichinela, comedia en un prólogo y tres actos.

La noche iluminada, comedia de magia en tres actos y en prosa.

Y va de cuento, comedia en un prólogo y cuatro actos.

El demonio fué antes ángel, comedia en tres actos.

¡No quiero, no quiero!..., comedia en tres actos.

Pepa Doncel, comedia en tres actos y dos cuadros.

Para el cielo y los altares, drama en tres actos, divididos en trece cuadros, y un epílogo, y en prosa.

Vidas cruzadas, cinedrama en dos partes, dividida la primera en diez cuadros, y la segunda en tres y un epílogo, y en prosa.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.

Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.

La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.

La copa encantada, un acto, música do Lleó.

Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pese